

INSTITUTO DE ESPAÑA
REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

LA ANATOMIA HUMANA EN LA OBRA DE
FRAY LUIS DE GRANADA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 14 DE MAYO DE 1946,
CON MOTIVO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL
EXCMO. SR. D. PEDRO LAIN ENTRALGO
Y CONTESTACIÓN DEL
EXCMO. SR. D. ENRIQUE FERNANDEZ SANZ



MADRID ★ MCMXLVI

LA ANATOMIA HUMANA EN LA
OBRA DE FRAY LUIS DE GRANADA

INSTITUTO DE ESPAÑA
REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

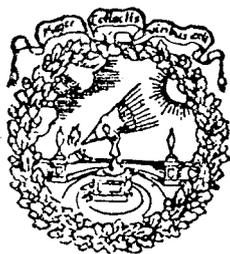
LA ANATOMIA HUMANA EN LA OBRA DE
FRAY LUIS DE GRANADA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 14 DE MAYO DE 1946,
CON MOTIVO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. D. PEDRO LAIN ENTRALGO

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. ENRIQUE FERNANDEZ SANZ



MADRID ★ MCMXLVI

INDICE

	<u>Páginas</u>
DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. PEDRO LAIN ENTRALGO: "LA ANATOMIA HUMANA EN LA OBRA DE FRAY LUIS DE GRANADA"	7
Exordio	9
I. El hombre Fray Luis	13
II. El saber anatómico de Fray Luis de Granada	19
El estilo descriptivo	22
Fábrica y armazón del cuerpo	30
Cobertura del esqueleto	34
Organos de la vida vegetativa	38
Organos de la vida animal o sensitiva	47
Embriología	59
Onomástica anatómica	62
Sentido del saber anatómico	73
DISCURSO DE CONTESTACION DEL EXCMO. SR. D. ENRI- QUE FERNANDEZ SANZ	77

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. D. PEDRO LAIN ENTRALGO

SEÑORES ACADÉMICOS:

¡CUANTOS cientos de veces ha sido recordada la escena, desde que en esta Europa de nuestro infortunio y nuestro orgullo hubo hombres resueltos a mover su pluma? Telémaco, unigénito del ingenioso Ulises, comparece ante los pretendientes de Penélope y proclama su joven capacidad de discernir: "Ahora soy ya mayor y capaz de juzgar rectamente lo que otros cuentan; ahora crece en mi pecho el ánimo" (*Od.* 2, 314-15). Y desde que Homero nos la enseñó, esta frase viene siendo la consigna de cuantos, erguidos sobre su recién estrenada juventud, dan al viento la exigencia de una vida propia.

No seré yo quien discuta la validez y aun la necesidad vital de esta precoz gallardía: algo de joven tengo aún, y nada de lo joven me es ajeno. Mas tampoco puedo tomar como ejemplo el gesto arrogante de Telémaco sin considerar a la vez otra lección del viejo Homero. Aquiles, turgente el ánimo de cólera y juventud, propone a los aqueos el combate que ha de vengar la muerte de Patroclo. Su ardorosa impaciencia exige acción, acción violenta e inmediata: "No perdamos tiempo hablando, no difiramos la acción" (*Il.* 19, 149), dice el flamígero Aquiles al atrida Agamenón, pastor de hombres. Y acaso hubiese triunfado su empeño, de no mediar la sabia prudencia del prudente Ulises. Planea Ulises el combate y opone luego la madurez de su juicio al vigor impaciente del héroe.

ofendido: "¡Oh, Aquiles, hijo de Peleo, el más valeroso de todos los aqueos! Eres más fuerte que yo y me superas no poco en el manejo de la lanza; però te aventajo mucho en el pensar, porque nací antes que tú y mis ojos vieron muchas más cosas" (Il. 19, 216-19).

Para mi perplejidad, me hallo hoy entre la edad jactanciosa de Telémaco y la edad prudente de Ulises. Algo hice en mi vida. Mas ¿cómo considerar eso que hice? Años atrás, la fácil alegría de los primeros trabajos me habría tal vez impelido a usar la expresión altiva de Telémaco. Hoy, más apto para el discernimiento, veo en el primer plano de mi obra escrita lo mucho que hay en ella de agraz, y muy en último el poco grano sazonado que sus páginas contienen. Y, por otra parte, apenas puedo decir a nadie, sin riesgo de cosechar una mirada irónica, las palabras con que el experto Ulises adoctrinó al hijo de Peleo: esas palabras que todos vosotros, colmados de experiencia y saber, podríais decirme con voz unánime.

Ni puedo ser ya juvenilmente jactancioso, ni alcanzo a ser maduramente avisado. De ahí, como os decía, mi perplejidad. ¿Qué traigo aquí, si no es mi agraz y mi impaciencia? ¿Para qué estoy aquí, sino para considerar, confuso y anhelante, lo que puedo hacer y todavía no hice? ¿Qué me toca de este honor, sólo a medias y aún a tercias merecido?

Pero esta confusión de mi alma no logra hacer liviano mi agradecimiento. Diría que, por el contrario, lo hace más grave, más rico en contenido. Os agradezco, en efecto, el honor de que me investís, tanto más ostensible cuanto menos sostenido por el mérito. Os agradezco además mi propia perplejidad, indicio de la insatisfacción y de la exigencia con que miro cuanto hasta ahora hice. Agradezco, en fin, este compromiso de justificar con obras la osadía de haber aceptado vuestra designación. "La fuerza se consume, el ingenio siempre dura", dijo, dando su réplica a Aquilés y a Ulises, don Diego de Saavedra Fajardo. Con alguna fuerza, mas con no muchos frutos de ingenio me sentaré desde hoy entre vosotros. Quiera Dios que al final de mis días, cuando la fuerza se haya consumido, pueda hablar de ellos consolado por las palabras de nuestro discreto moralista.

Acabo de enumerar los motivos de mi agradecimiento. No los dije todos. Debo agradecerlos también, y muy en primer término, la ocasión que me disteis de elogiar la memoria de mi antecesor, el Excmo. Sr. D. Mariano Gómez Ulla, cirujano, militar y hombre de pro.

“Canto las armas y el varón...”, podría escribirse, copiando otra vez el hermoso arranque de Virgilio, para iniciar una alabanza de don Mariano Gómez Ulla. *Arma*; esto es, “las hazañas”, dice un escoliasta de Virgilio. No fueron escasas las hazañas de Gómez Ulla desde que el año 1899, a los pocos meses de dar término a su licenciatura en Medicina, ingresó en el Cuerpo de Sanidad Militar. Una larga relación de títulos, diplomas y condecoraciones daría de ello amplia y suficiente prueba. Permitidme, no obstante, que mi recuerdo de aquel a quien sucedo busque temas y actitudes más propios de su personalidad y, por lo tanto, más entrañables. Mirad conmigo tres momentos de su vida de médico y español.

Primer momento: 1899. Gómez Ulla deja los claustros compostelanos: la Universidad pintoresca, simpática y mediocre que tendrá luego su retrato en *La Casa de la Troya*. Gobiernan Silvela, Polavieja y Villaverde. La política de España, alicortada por la catástrofe del 98, cifra toda su esperanza en una triste nivelación presupuestaria. Por las calles, vistiendo todavía el “rayadillo” colonial, vagan, astrosos y hambrientos, los repatriados de Ultramar. ¿Qué perspectivas ofrecía entonces un puesto en la Sanidad Militar a un médico joven, brillantemente dotado, alumno predilecto de Sánchez Freire, el cirujano más acreditado a la sazón en todo el noroeste de España? Y, sin embargo, Gómez Ulla se hace médico militar.

Segundo momento: 1909. Es el año del Barranco del Lobo y de la Semana Trágica. Gómez Ulla, capitán médico, manda la Ambulancia de Montaña de la División reforzada que el Gobierno envió a Melilla. Tan pronto como desembarca se ve obligado a instruir rápidamente a los soldados de su unidad—reservistas en su mayor parte—y hasta a domar el ganado que se le asignó. Opera en Nador, metido en el fango, soporta temporales e inundaciones, atiende a centenares de enfermos y tiene la alegría orgullosa de desfilar

por las calles de Málaga y de Madrid, una vez conclusa la campaña, al frente de una tropa que por su instrucción y policía parece recién salida del cuartel.

Tercer momento: años entre 1921 y 1926. Horas tristes de Annual e Igueriben. Jornadas sangrientas de Nador, Zeluán y Monte Arruit. Heroísmo en torno a Tazarut y Tizzi-Assa. Allí está Gómez Ulla, cirujano militar, demostrando con hechos el profundo sentido de aquella decisión suya de 1899, cuando era más honda la desilusión nacional. ¿Necesitaré recordar, junto a sus acciones de español, sus obras de médico? He aquí unas cuantas: fundación y organización de los Equipos Quirúrgicos; participación en el plan del desembarco de Alhucemas; invención y empleo de un Hospital de Montaña, transportable a lomo de mulo y capaz para atender completamente a cien heridos; creación de las especialidades médicas en la Sanidad Militar, y tantas otras más.

Africa, tierra decisiva en el destino de España, lo es también en la vida de Gómez Ulla. El suelo marroquí fué la sede de sus mayores esfuerzos y sus mejores triunfos. ¡Cómo estaría llena de recuerdos africanos su alma durante la forzada ausencia de 1936, cuando las primeras tropas africanas pasaban el Estrecho, y, sobre todo, durante los tristes días de su encarcelamiento!

Tales son los hitos más decisivos en la vida de Gómez Ulla, tocantes todos a su condición de cirujano militar. Entre ellos, y hasta su muerte, honores y triunfos. Bajo ellos, eso que siempre será, sobre este suelo nuestro, el más preclaro de todos los títulos: un hombre cabal, un caballero. Ya os dije que todo elogio completo de Gómez Ulla deberá referirse, como el de Eneas, a las hazañas y al varón, a la obra y al hombre. Considerad ahora la timidez con que voy a sentarme yo en la sede que su muerte dejó vacante en esta Real Academia.

I

EL HOMBRE FRAY LUIS

UN gran evocador, *Azorin*, ha imaginado la presencia del dulce Fray Luis en su celda: "¿Quién es este frailecito que está recogido, absorto en su celda? La celda es chiquita, tiene blancas, limpias, las paredes. Hay en ellas unas táblas con libros—no muchos libros—y unas estampas pegadas a la pared. Las estampas están orladas de una ancha cenefa verde. Son verdes las grandes imágenes, para que el frailecito, muy corto de vista, cegato, pueda verlas... Parece muy cansado; bien es verdad que es ya muy viejecito. Pero hay en él un cansancio especial: un cansancio en la frente, en los ojos, en toda la persona, qué es el cansancio especialísimo de todos los que han trabajado mucho con el cerebro. Ese cansancio da un aire de nobleza, de dignidad resignada, que no se confunde con ninguna otra fatiga..."¹.

La celda de Fray Luis está en el convento de Santo Domingo, de Lisboa. Anda Fray Luis por los setenta y cinco años de su edad. Fuera, bajo el mando de la Católica Majestad de Felipe II, ondean las banderas españolas desde Nápoles a Nueva España. Dentro de la celda, Fray Luis, sentado ante una mesa sencilla, hace pensar y

¹ *Los dos Luises y otros ensayos*, ed. de la "Colección Austral", pág. 46.

deja soñar a su alma ancha y delicada. Tal vez ha vuelto hace poco de una de aquellas excursiones a Santa María de la Luz, de Pedrogao, en que sus ojos semiciegos seguían bebiendo el amado color de la tierra y la cambiante verdura de los árboles. Tal vez, antes de sentarse, haya pasado un buen rato observando la habilidad con que las hormigas rompieron la cobertura de la "ollica verde con un poco de azúcar rosado" que tiene en su celda: "ellas me alcanzaron de cuenta, y supieron más que yo, pues vencieron con su astucia mi providencia"², escribirá luego, comentando amorosamente la hazaña.

Ahora está sereno. Extiende su brazo y, más guiado por el hábito que por la vista, toma uno de los libros que le ofrece el anaquel: el *Hexaameron*, de San Ambrosio; el *de civitate Dei*, de San Agustín, o el *de natura deorum*, de Cicerón. Lee un párrafo, trae a su memoria una experiencia o un diálogo, y escribe luego con su bien tejida prosa—recia unas veces, suave otras, sencilla y de gran aliento siempre—las maravillas que sus ojos, cuando eran más válidos, vieron en un mundo creado por Dios para edificación, provecho y recreo de los hombres: los astros, el mar, las fuentes, las flores, los gusarapillos diminutos, la fábrica del hombre. Fray Luis de Granada está escribiendo la *Introducción del Símbolo de la Fe*.

¿Quién es ese hombre? ¿Qué es lo que otorga singularidad a su alma y a su obra? Este hombre es, por lo pronto, un religioso, un varón que ha consagrado su vida al mejor servicio de Dios. Es también nativamente manso, bondadoso y delicado: "si quisiéramos hacer la etopeya de este religioso—escribe *Azorín*—nos encontraríamos con una bondad permanente, inquebrantable, aliada a un exquisito sentimiento de la delicadeza"³. No es esto, sin embargo, lo que singulariza a Fray Luis. Junto a la bondad y a la delicadeza ingénitas, junto a la voluntad de conformar su vida al servicio de Dios, dos notas prevalecen en la intimidad más honda de Fray Luis

² *Símbolo*, I, XVIII, § 1. Con la palabra *Símbolo* me refiero siempre a la *Introducción del Símbolo de la Fe*. He utilizado para este trabajo la ed. de la Biblioteca de Autores Españoles.

³ Op. cit., pág. 46.

de Granada cuando, traspuesto el umbral de su celda, lejos ya de las incumbencias del mundo, siente que coinciden su voluntad y su vocación: las dos instancias de su espíritu que le hacen predicador e intelectual, hombre vocado a los decires y a los pensamientos.

Fray Luis es un gran predicador. Lo es en potencia desde el vientre de su madre, y en acto desde aquel alegato exculpatorio que improvisó, niño aún, ante la temerosa presencia del Conde de Tendilla. El año 1581, cuando Fray Luis está en sus setenta y siete, le oye en Lisboa Felipe II y cuenta a sus hijas la impresión de oírle: "... no tengo tiempo de deciros más, sino que ayer pedricó, aquí en la capilla, fray Luis de Granada, y muy bien, aunque es muy viejo y sin dientes..." Fray Luis es, además, un hombre de mundo: trata con duques y príncipes, confiesa y aconseja a una Reina, sabe renunciar a la mitra arzobispal que con terca insistencia le ofrecen. Y siendo Fray Luis gran predicador, predicador de duques y reyes, ¿estará entre aquellos que el P. Isla se ve obligado a vapulear, esos "muy rasurados, muy afeitados, muy copetudos, el mejor hábito, la saya plegada, zapatos nuevos, ajustados y curiosos, pañuelo de color sobresaliente, otro blanco, cumplido y de tela muy delgada, menos para limpiar el sudor que para hacer ostentación" cuyo único fin es "agradar al auditorio, captar aplausos, granjear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus convenenzuelas"?⁴ ¿Será de estos predicadores nuestro Fray Luis?

No, porque Fray Luis tuvo de predicador algo más que la apariencia y los instrumentos u "oficios principales", la invención, la elocución y la pronunciación⁵; tuvo, conviene repetirlo, intimidad de predicador. El mismo, en un retrato parenético de su amigo y mentor el Maestro Juan de Avila, ha enumerado los rasgos definidores de esa intimidad, que no son sino los que de bulto y a las claras nos enseña el predicador San Pablo: a saber, grande amor de Dios, fervor y espíritu—"una muy viva hambre y deseo de ganar en cada sermón alguna ánima para Cristo"—, vivo sentimiento de los que caen en pecado, amor constante y visible a los prójimos. Un

⁴ *Fray Gerundio de Campazas*, lib. II, cap. III.

⁵ *Retórica eclesiástica*, prólogo del autor.

gran amor al prójimo en Dios y un encendido deseo de moverle con la palabra a vida mejor y más alta. Sólo aquel cuya intimidad se halle henchida de ese amor y este deseo podrá usar con plena dignidad los instrumentos de la elocuencia y no los empleará "en multiplicar muchas palabras que signifiquen lo mismo, ni en algunas florecicas de metáforas y vocablos exquisitos" ⁶.

Por toda la obra de Fray Luis, fuese destinada por él a la elocución oratoria o a la lectura silente, se siente correr como un hábito tibio y amigo esta voluntad de penetrar suasoriamente en el alma del lector. Hay autores que se limitan a "escribir" lo que piensan o sienten: el pensamiento y el sentimiento son en tal caso un precipitado, una cristalización más o menos perfecta. Otros, más vivaces, logran "hablar" sus pensamientos y sus sentires. Sólo algunos saben "decir" al espíritu de sus lectores, con un matiz singular para cada uno, lo que a primera vista se creería escrito para todos. De estos es Fray Luis, y en ello se advierte su efusiva y efundente intimidad de predicador.

Pero la intimidad de Fray Luis no es únicamente la del predicador. Algo más que una firme voluntad de conmover cristianamente al prójimo hay en los senos de su alma cuando la soledad y el sosiego de la celda le permiten cumplir su propia vocación. Tanto como predicador por vocación y por aptitud es Fray Luis intelectual, hombre a quien ha sido dada en modo eminente la maravillosa fruición de ver y entender. Decía Platón que sólo el amigo de la sabiduría puede gustar del goce que procura el espectáculo de la realidad ⁷. Pues bien, de estos espirituales gozadores fué el predicador y cristianísimo Fray Luis. Ningún clásico de nuestras letras se ha deleitado más hondamente que él, viendo de joven y adivinando de viejo, cuando sus ojos estaban casi ciegos, la hermosura del universo: la luna llena de una noche de verano, la ribera incesante del mar, los manzanos cargados de fruto, la belleza armoniosa del rostro humano. Ninguno, ni siquiera su homónimo el de León, ha sa-

⁶ *Vida del venerable Maestro Juan de Avila*, cap. II, § I-IV.

⁷ *Politeia*, 582 c 7-9. (Cit. por X. Zubiri en el prólogo de su libro *Naturaleza, Historia, Dios*.)

bido expresar con tan contenida y transparente vehemencia ese goce sutil del hombre que de veras sabe y entiende algo. “Está acabado y perfecto nuestro bien—dice una vez, parafraseando a Séneca—cuando, puestos todos los vicios debajo de los pies, subimos a lo alto, y llegamos a penetrar los secretos de la naturaleza”⁸. “Son muy grandes los deleites que se gozan en la obra de la Sapiencia”, repite a los pocos párrafos, glosando a Aristóteles y vituperando a Plinio, hombre muy curioso y poco contemplador, poco capaz de teoría⁹; porque “la misma naturaleza nos crió, no sólo para obrar, sino también para contemplar”.

Toda la *Introducción del Símbolo de la Fe*, y muy singularmente la Primera Parte, es un bellissimo manadero literario de la íntima avidez contemplativa e intelectual que hay en el alma cristiana de Fray Luis. A mirar y entender los productos del artificio humano, aunque sean bellos—“las ricas portadas, los zaquizamies de marfil, las mesas de arrayán cortadas a tijera”: ¿no está la ciudad de Granada detrás de esas palabras?—, a todo eso prefiere Fray Luis trasladarse imaginativa e intelectualmente a la serena región de las estrellas, para sentirse con más evidencia criatura de Dios: “En lo alto hay grandes espacios, en los cuales es admitido el ánimo; pero no el de todos, sino de aquellos que llevan poco del cuerpo... Y cuando este tal ánimo toca las cosas soberanas, entonces se recrea y crece, y libre de las prisiones de la carne, vuelve a su origen y principio. Y esto toma por argumento de su divinidad, ver que las cosas divinas le deleitan, y que se ocupa en ellas, no como en cosas ajenas, sino como en suyas propias. Entonces seguramente considera el nacimiento de las estrellas y el caimiento dellas, y la concordia que guardan en tan diversos movimientos y caminos, y con curiosidad examina cada cosa destas, y busca razón della”¹⁰.

⁸ *Símbolo*, I, I.

⁹ *Símbolo*, I, I, § 2.

¹⁰ *Símbolo*, I, I. Cf. este párrafo con otro de Copérnico en *De revolutionibus orbium caelestium*: “¿Qué es más hermoso que el cielo, que abarca toda hermosura?... ¿Quién, al ocuparse continuamente en las cosas que Dios ha creado en un orden perfecto, viéndolas dirigidas por el imperio divino, al contemplarlas sin cesar y al tratarlas en la intimidad, por así decirlo, quién no se sen-

Tan agudamente siente Fray Luis la índole divina de ese agujón que impele a contemplar y saber, que no vacila en exclamar, cristianizando el antiguo estoicismo: "¿Qué cosa es Dios? Mente y razón del universo".

A este Fray Luis, intelectual, predicador y cristiano, es al que vamos a ver contemplando y describiendo el mundo visible. El intelectual nos enseñará la espiritual fruición que halla su alma cuando ve y entiende, aunque sea a su modo, la aparición de los seres naturales. El intelectual cristiano nos mostrará la gozosa necesidad que siente de referir a Dios el ser de las criaturas, si de veras quiere humanamente entenderlas. El predicador se deleitará diciéndonos según arte todo lo que vió y entendió, para que alcemos nuestro espíritu a Dios quiénes leamos su discurso.

Yo, historiador humilde, voy a ser doblemente fiel a su llamada; porque además de exponer llanamente lo que Fray Luis vió y entendió de la admirable naturaleza humana, intentaré adivinar cómo llegó a saber lo que de ella supo. Ojalá pueda hacerlo iluminado por una relumbre de su espíritu sencillo y fervoroso.

tirá lleno de veneración por el Ser Supremo, admirando al creador de todas las cosas, en el cual está toda dicha y todo bien?"

II

EL SABER ANATOMICO DE FRAY LUIS DE GRANADA

NO es Fray Luis de Granada un anatomista; no pretendé serlo: "Hay en esta materia (la Anatomía) tantas sutilezas y secretos —dice—, que ni yo las sabría declarar, ni el lector las podría entender. Porque aun los mismos que de propósito estudian esta facultad, no se contentan con lo que la doctrina les enseña, sino aprovechanse también de figuras y imágenes que la representan. Y ni aun esto les basta, sino pasan adelante a hacer anatomía en los cuerpos humanos recién muertos..."¹. Es seguro que Fray Luis no asistió jamás a una disección anatómica, no obstante el carácter de acontecimiento "social", si se me permite la expresión, que entonces tenían aún las "anatomías".

Tampoco se propuso nuestro dominico hacer una descripción del cuerpo humano aderezada mediante las que le ofrecían los tratados científicos al uso: "por ser esta materia tan varia y de tanta sutileza, no me debo entremeter en ella"². No era la intención de Fray Luis describir minuciosamente el cuerpo del hombre, sino

¹ *Símbolo*, I, XXIV.

² *Símbolo*, I, XXIV.

convencer a sus lectores de qué el cuerpo humano pregona la existencia y la gloria de Dios, su creador.

Pero Fray Luis de Granada no quiere alabar sin conocer. Si nunca fué anatomista, jamás dejó de ser un vehemente aficionado a contemplar las criaturas de Dios y a saber lo que de ellas dijeron los doctos; si no vió disecciones anatómicas, es seguro que leyó con avidéz y provecho libros de Anatomía.

Más difícil es señalar con certidumbre los libros que manejó. Es muy verosímil que cuando escribió la *Introducción del Símbolo de la Fe* hubiese leído Fray Luis a Galeno, Avicena y algún anatomista de su siglo, tal vez a Vesalio, probablemente a Gimeno y Collado, con seguridad a Montaña de Monserrate y a Valverde. A Galeno le cita seis veces en la Primera Parte de la *Introducción*. No menciona el título de ninguna de sus obras, y cuando alude elípticamente a una—el tratado *de usu partium*—comete un leve error numeral: “Galeno, príncipe de los médicos—escribe Fray Luis—, que escribió diez y ocho libros desta admirable fábrica del cuerpo humano...”³. Como todos saben, son diecisiete los que componen el famoso escrito galénico. Tengo por seguro, no obstante, que Fray Luis había leído *de usu partium*. De las seis veces en que aparece el nombre de Galeno, cuatro se refieren a transcripciones casi textuales de fragmentos de su obra: un experimento de Galeno para demostrar la precocidad y la delicadeza del olfato en los animales⁴; una réplica contra Epicuro, para quien “la fábrica de

³ *Símbolo*, I, XXIII, § único. Es seguro que Fray Luis alude al escrito *de usu partium*. El tratado *de anatomicis administrationibus* constaba originariamente de quince libros, de cuya versión original sólo se conservan los nueve incompletos que aparecen en las ediciones latinas del siglo XVI. Esas ediciones son seguramente las que usó Fray Luis de Granada.

⁴ *Símbolo*, I, XII, § 1. “Escribe Galeno una experiencia que hizo poniendo delante de un cabritillo recién nacido una escudilla con vino, y otra con aceite, y otra con migas, y otra con leche; mas el cabritillo, oliendo cada una destas, las dejaba, y en llegando a la de la leche, luego comenzó a beberla.” Refiere Galeno este experimento en *de locis affectis*, cap. 6. Se trataba de un cabritillo que tuvo ocasión de extraer vivo del vientre de la madre, con ocasión de sus investigaciones acerca del desarrollo del feto. Una muestra más de la amplia

nuestro cuerpo habría sido hecha acaso y sin consejo”⁵; el famoso texto en que el de Pérgamo excita a venerar la sabiduría, la virtud y la bondad del Creador⁶, y otro, de análogo sentido, a propósito de la anatomía de la vejiga urinaria⁷. Avicena es mencionado cuando Fray Luis describe el descenso de la bilis amarilla desde la vesícula al intestino y el ascenso de la bilis negra desde el bazo al estómago⁸.

No se lee en la *Introducción* el nombre de ningún anatomista moderno. A pesar de ello, Fray Luis tuvo noticia de su obra y de lo que ésta significó: “Galeno—dice—... se rigió en todo lo que escribió por la fábrica de los cuerpos de las monas. Y por esto es agora corregido por los nuevos anatomistas; los cuales hallaron

lectura que de Galeno había hecho Fray Luis para escribir su *Introducción del Símbolo de la Fe*.

⁵ *Símbolo*, I, XXIII, § único. Son frecuentes en la obra de Galeno las invectivas contra Epicuro, y muy especialmente contra la tesis de que los movimientos de la Naturaleza se deben al azar. La actitud de Galeno contra Epicuro, tan celebrada por Fray Luis, es paralela a la de Aristóteles contra los que negaban la existencia de causas finales en la Naturaleza. (*Phys.*, 198 b.)

⁶ *Símbolo*, I, XXIII, § único: “Que esta su escritura (*de usu partium*) era un himno y alabanza que él (Galeno) componía para gloria y honra de Dios. Ca no está lejos (dice él) su honra en que le ofrezcamos encienso y otras semejantes especies olorosas, ni en que le ofrezcamos sacrificios de cien bueyes, sino en que por el artificio admirable desta fábrica conozcamos la grandeza de la sabiduría que tales cosas supo trazar, y el poder que todo esto pudo ejecutar, y la bondad que tan plenariamente proveyó a las criaturas de todo lo que era necesario para su conservación.” Galeno prorrumpa en esa alabanza a la sabiduría (*sophia*), al poder (*dynamis*) y a la bondad (*khrestótes*) de nuestro “creador” (*demiourgésantos*) en su descripción de la anatomía y la fisiología del pie humano (*de usu partium*, III, 10).

⁷ *Símbolo*, I, XXVI, § 1. Fray Luis considera especialmente la desembocadura oblicua del uréter en la vejiga, por cuya virtud es imposible el reflujó de la orina, aunque la vejiga esté llena. El texto correspondiente de Galeno está en *de usu partium*, V, 13. La comparación entre la vejiga y las pelotas del viento, a que recurre Fray Luis (“Esto vemos en una pelota de viento, en la cual el mismo viento cierra la boca por do entró con un poquito de cuero que está a par della”), no aparece en Galeno, pero sí en Valverde (*Historia de la composición del cuerpo humano*, III, XI, fol. 68 v.). De Valverde debió tomarla Fray Luis.

⁸ *Símbolo*, I, XXVI, § 1.

por experiencia que en algunas cosas se diferencian nuestros cuerpos de los de estos animales”⁹. ¿Quiénes fueron estos “nuevos anatomistas” a que Fray Luis se refiere? ¿Había leído Fray Luis a Vesalio? ¿Alude a los anatomistas españoles del siglo XVI? Por lo ya dicho y por lo que luego diré, creo poder afirmar que nuestro aficionado a la Anatomía conoció la obra de Valverde (*Historia de la composición del cuerpo humano*, Roma, 1556) y la de Montaña de Monserrate (*Anothomia del hombre*, Valladolid, 1551)¹⁰. Pronto reaparecerá este tema.

Galeno, por un lado, los anatomistas “nuevos” por otro, son las fuentes del saber anatómico contenido en la *Introducción del Símbolo de la Fe*. Esta especial situación de Fray Luis, en tanto expositor de la Anatomía humana, se expresa nítidamente—sin que él se lo proponga, por supuesto—en el estilo de sus descripciones anatómicas. Pero este problema bien merece ser tratado aparte.

EL ESTILO DESCRIPTIVO

Una descripción anatómica está siempre constituida por dos ingredientes: su *contenido* (la suma de conocimientos anatómicos concretos que el autor posee) y su *estilo* (el modo según el cual está hecha la exposición de esos conocimientos). Los historiadores de la Anatomía, muy atentos a la progresiva aportación de “hechos” anatómicos nuevos y a la sucesiva rectificación de “errores” anatómicos antiguos—es decir, al “contenido” de cada obra anatómica—apenas se han parado a considerar el “estilo” descriptivo de cada

⁹ *Símbolo*, I, XXVI, § 1.

¹⁰ Recuérdese la coincidencia entre Fray Luis y Valverde cuando aquél habla de la desembocadura del uréter en la vejiga y, sobre todo, la copia casi literal que hace de un párrafo de Valverde (nota núm. 20 del cap. anterior). Dice, además, Fray Luis: “En alguna cosa se diferencian nuestros cuerpos de los de estos animales (las monas).” Es muy posible que esta frase se refiera a la contundente y precisa enumeración que de los errores galénicos hace Valverde en el prólogo de su *Historia* (en Vesalio no hay una recopilación análoga). Acerca de otras concordancias entre la *Introducción* y Valverde, *vide infra*.

autor; han desconocido así el cariz más genuinamente histórico de las descripciones anatómicas, aquello en que están más influídas por la situación histórica de su autor. Urge subsanar esta grave manquedad. Pero el intento no podrá ser cumplido sin un análisis riguroso de lo que es en Anatomía el "estilo descriptivo".

Quede íntegro el empeño para ocasión más propicia. En ésta me conformaré con señalar los dos elementos cardinales del estilo de una descripción anatómica. Está en primer lugar el *punto de vista descriptivo*, cuya expresión es el esquema ordenador de la descripción, la figura ideal según la cual cobran unidad descriptiva los conocimientos anatómicos positivos que el autor maneja; viene en segundo término el *método de la descripción concreta* o modo de describir en particular cada una de las formaciones anatómicas. Ilustra muy bien acerca del primero el perfil general de la descripción, es decir, la línea que traza el índice de la obra anatómica; discernimos el segundo mediante una lectura detenida y comparativa de las descripciones particulares.

He aquí los dos ejemplos que más nos interesan: Galeno y Vesalio, la anatomía "antigua" y la anatomía "moderna". El punto de vista descriptivo de Galeno es el animal vivo y en movimiento; el método de sus descripciones consiste en mostrar la "natural" conexión que hay entre la forma anatómica, la función y la finalidad de la región corporal descrita. Vesalio se sitúa en una actitud intelectual nueva: su punto de vista descriptivo va a ser la estatua, la "fábrica" arquitectónica del cuerpo humano quiescente; en consecuencia, el método de sus descripciones concretas se propondrá hacer patente la estructura espacial, la pura composición de los órganos y de las regiones anatómicas.

Pero el tema de mi estudio es la obra de Fray Luis de Granada, no el saber anatómico de Galeno, ni el de Vesalio. ¿Hay un punto de vista descriptivo y un método de la descripción anatómica en esa linda Anatomía de buen *dilettante* que contiene la *Introducción del Símbolo de la Fe*? Más arriba di mi respuesta: el punto de vista descriptivo de Fray Luis y el método de sus descripciones son, muy rigurosamente, los que corresponden a la situación histórica creada en su espíritu por las lecturas anatómicas de que dispuso. Fray

Luis anatomista es un "moderno" que no quiere dejar de ser "antiguo"; admitió que Galeno sea corregido, pero no que se le desconozca o se le niegue de raíz.

Veamos el punto de vista descriptivo de Fray Luis siguiendo el perfil de su exposición.

El cuerpo humano es, desde luego, una construcción arquitectónica: una "fábrica", como Vesalio enseña desde el título mismo de su obra capital. No son pocas las ocasiones en que Fray Luis emplea esta palabra para designar la total configuración del cuerpo: "la fábrica de nuestro cuerpo", "esta admirable fábrica del cuerpo humano", "la fábrica y almacén del cuerpo", etc. Una vez compara expresamente al cuerpo con un palacio real¹¹, como hicieron Lobera de Avila y Montaña de Monserrate en sus respectivos "Sueños anatómicos"¹²; otra, más originalmente, a "la fábrica de un arnés tranzado, el cual, acomodándose a los miembros del cuerpo humano, los cubre de pies a cabeza; y así también es compuesto de diversas piezas con sus junturas para que pueda el hombre armado abajarse y levantarse y menear y doblar los brazos, y apretar la lanza y la espada en la mano. En todo lo cual imita el arte a la naturaleza..."¹³.

Atenido a esta visión del cuerpo humano, tan estrictamente "moderna", inicia Fray Luis su descripción anatómica con un capítulo titulado "De la fábrica y almacén del cuerpo humano sobre los huesos". En esto se aparta de Galeno, que comienza su tratado *de usu partium* describiendo el aparato locomotor (mano y brazo, pie y pierna), y se acoge a Vesalio y Valverde. Vesalio empieza su

¹¹ Símbolo, I, III, § 4.

¹² El Sueño de Lobera de Avila es de 1542. He aquí el solemne título que le da su autor: *Declaración en suma breve de la orgánica y maravillosa composición del microcosmos o mundo menor, que es el hombre, ordenada por artificio maravilloso en forma de sueño o ficción*. El de Montaña de Monserrate, imitación ampliada del anterior, data de 1551. Sobre el problema histórico de ambos Sueños, véase la tesis doctoral *La anatomía y los anatomistas españoles del Renacimiento*, de mi discípulo Luis Alberti. Es muy probable que Fray Luis conociera uno o los dos Sueños anatómicos mencionados.

¹³ Símbolo, I, XXIV.

descripción por los huesos y cartilagos (Libro I de la *Fábrica*) y la prosigue con el estudio de los ligamentos y los músculos (Libro II); Valverde estudia “los huesos y ternillas” en el Libro I de su *Historia* y la “cobertura de los huesos” (piel, tejido celular subcutáneo, aponeurosis, músculos y periostio) en el Libro II. La concordancia entre Fray Luis y los dos modernos es evidente. Los tres —a diferencia de Galeno y de casi todos los anatomistas medievales, comprendido Mondino de Lucci—, se sienten en la necesidad de comenzar su descripción por el esqueleto, soporte o fundamento de la “fábrica” arquitectónica en que el cuerpo humano consiste; y, tras el esqueleto, las partes blandas que le revisten y completan la forma visible del hombre.

La discrepancia entre Fray Luis y Vesalio empieza ahora. Vesalio, fiel a su punto de vista morfológico, describe a continuación los vasos (Libro III de la *Fábrica*) y los nervios (Libro IV). Unos y otros son para él formaciones anatómicas morfológicamente homogéneas, cualquiera que sea su localización en el cuerpo, y en razón de esa homogeneidad dedica un libro a cada una de ellas. Es verdad que Vesalio, más tradicional de lo que él quisiera, define fisiológicamente a los vasos; pero, rompiendo con las exigencias de su propia definición, no vacila en distribuir la materia con criterio morfológico, y así describe el corazón en el Libro VI, separado de los vasos, y el cerebro en el Libro VII “de tal modo—dicé—, que no se repita la descripción del origen de los nervios hecha en el Libro IV”. Ya no quedan sino las vísceras y los órganos de los sentidos. En la descripción de las vísceras apenas es ya posible emplear un método puramente morfológico. Vesalio, funcionalista a su pesar, adopta el esquema topográfico y funcional que la Edad Média heredó de Galeno, y ordena su descripción de los órganos internos según las tres cavidades y los tres *membra*: cavidad abdominal, sede de los órganos de la nutrición y de la generación (*membra naturalia*, órganos de la *dynamis physiké* galénica); cavidad torácica, asiento del corazón y de los órganos que gobiernan la economía de los espíritus vitales (*membra spiritalia*, órganos de la *dynamis zotiké* o *sphygmiké*); y cavidad craneal, continente de los órganos de la vida animal (sistema nervioso central, mem-

bra animata, órganos de la *dynamis psykhhiké*). Galeno describe en sus dos escritos anatómicos más importantes (*de anatomicis administrationibus*, *de usu partium*) el cuerpo de un animal vivo en pleno movimiento vital. El cuerpo que Vesalio describe es, en cambio, el cadáver humano: un edificio estático (una "fábrica", en sentido etimológico) hecho de sistemas morfológicos arquitectónicamente definidos, en el que se alojan, cada uno en su cavidad, los órganos inmóviles de las tres potencias vitales que le animaron¹⁴.

También Valverde quiere ser morfólogo puro: "cuanto esto sea verdad—dice una vez, describiendo cómo actúan las fibras musculares de la pared vesical—, yo espero algún día mostrarlo, cuando tratare del oficio de las partes de nuestro cuerpo"¹⁵. Consagra Valverde su libro a la morfología, y piensa escribir después un tratado de Anatomía fisiológica. El peso de la tradición galénica puede más, sin embargo, que la intención puramente morfológica

¹⁴ Es curioso que Vesalio, respetuoso todavía con la tradición que impugna, declare haber elegido ese orden descriptivo por seguir a Galeno. "Seguí en el orden de los libros—dice Vesalio al final de la *Fábrica*—la usanza de Galeno, el cual, después de la historia de los músculos, trata de la anatomía de las venas, de las arterias, de los nervios y luego de las vísceras." Instalado en su propio punto de vista descriptivo, seducido por él, Vesalio *no entiende* el punto de vista de Galeno, como en otra ocasión demostraré. Por lo demás, Vesalio no llega a romper plenamente con la mentalidad galénica. Basta recordar, para demostrarlo, que su descripción anatómica de los músculos es más bien *funcional* que *topográfica*; frente al método descriptivo puramente topográfico de Testut, por ejemplo ("músculos de la cabeza", "músculos del cuello", "músculos de la región posterior del tronco", etc.), Vesalio dirá: "músculos motores del brazo sobre el hombro", "de la pierna sobre el muslo", etc. Mézclanse en el estilo descriptivo de Vesalio, en suma, tres ingredientes: su propio punto de vista descriptivo, su galenismo deliberado y el galenismo que involuntariamente se le desliza en no pocos lugares de la *Fábrica*. Quede aquí la cuestión.

¹⁵ *Historia*, lib. III, cap. XI. Por eso estima Valverde que el orden descriptivo de Vesalio no es bastante "moderno": "Al qual—dice Valverde—yo seguiré siempre en esta hystoria, saluo en la orden del escriuir, en la qual es algo confuso (por no querer apartarse de Galeno), y en algunas cosas, en que cierto usó menos diligencia de la que se requería (por ventura cansado del largo trabajo), las quales yo notaré en sus lugares, más con intención que a esta hystoria no falte nada, que con gana de reprehender a quien tanto todos deuemos."

subyacente a las páginas de la *Historia*; en efecto, a continuación de los dos primeros Libros (huesos y ternillas, cobertura de los huesos), describe Valverde, como Galeno y Vesalio, los órganos de la nutrición y de la generación, los instrumentos generadores de los espíritus vitales y el sistema nervioso central, “en el cual como en una fragua se forjan los espíritus animales”. Más galénico que Vesalio, Valverde trata de las venas, las arterias y los nervios después de estudiar todos los órganos internos.

Fray Luis ordena sus descripciones anatómicas según el esquema de Valverde, pero no sin modificarlo sustancialmente: la mente del dominico, más profunda y antigua que la del anatomista, ontologiza y aristoteliza el esquema descriptivo de éste. Veámoslo.

He dicho ya que el comienzo de la descripción es el mismo en uno y otro, y en ambos el de Vesalio. “La orden de proceder requería que tratásemos primero de la fábrica y armazón del cuerpo humano”, dice Fray Luis¹⁶; ciertas partes del cuerpo “le sirven de fundamento o armadura sobre la cual todas las demás partes se arman y establecen, como son los huesos y ternillas; los cuales comenzaremos primero a tratar, así por esta razón, como porque del conocimiento dellos depende la mayor parte de toda esta historia”, había escrito Valverde. Prosigue la anatomía de Fray Luis, como la de Valverde, describiendo “los miembros necesarios para la digestión y purificación del manjar”; pero bajo la aparente semejanza late ahora una grave diversidad.

El orden de la descripción de Valverde se basa en el de las tres “potencias” (*dynámeis*) que Galeno distinguió en la vida del cuerpo humano: una “natural”, otra “vital” y la tercera “animal”. El orden descriptivo de Fray Luis tiene en su base la distinción aristotélica entre las tres potencias del alma humana: “en nuestra ánima—escribe—hay tres potencias o facultades, de las cuales la primera es vegetativa, cuyo oficio es nutrir y mantener el cuerpo, y otra que llaman sensitiva, que es la que nos da sentido y movimiento, y la tercera es la intelectual, que nos diferencia de los brutos y nos hace semejantes a los ángeles... Pues conforme a esta

¹⁶ *Símbolo*, I, XXIV.

división susodicha, trataremos primero de la facultad del ánima vegetativa que tenemos común con las plantas, que también viven y se mantienen como nosotros; y después trataremos de las otras dos facultades del alma, que son la sensitiva y la intelectual”¹⁷. Aunque Fray Luis, fiel a la Fisiología tradicional, mencione expresamente los “espíritus vitales”, su aristotelismo le preserva de separar una “potencia vital” de la que Galeno llama “potencia natural”, actualizadora de los movimientos nutritivos y generativos. La “potencia vegetativa”, como enseñó Aristóteles (*de an.*, 416 b 29-30), posee también la facultad de gobernar la economía del calor y los “espíritus vitales”. De aquí que Fray Luis no separe en dos capítulos distintos los *membra naturalia* y los *membra spiritalia*, y describa el corazón inmediatamente después del tubo digestivo y el hígado.

Véase, pues, sinópticamente, el esquema descriptivo de Fray Luis de Granada. En primer término, como un anatomista moderno, “la fábrica y almacén del cuerpo humano”; luego, haciendo más aristotélico—más profundo, por lo tanto—, el imitativo galenismo de Valverde, los órganos de la vida vegetativa, comprendidos los que rigen la producción y el buen orden de los espíritus vitales; a continuación, los instrumentos materiales de la vida sensitiva o animal, o, como nosotros decimos, el sistema nervioso de la vida de relación; por fin, en el ápice de esta antropografía natural, las funciones propiamente espirituales del alma, su vida intelectual, “la cual no está afijada en algún órgano corporal, como están los otros sentidos, así exteriores como interiores”¹⁸. El punto de vista descriptivo de la anatomía de Galeno es, como dije, el animal vivo en la plenitud de su movimiento vital; el de Fray Luis de Granada, la fábrica microcósmica de un ser viviente capaz de pensar y deificarse. Galeno describe al hombre como un animal bipedestante y locuaz, dotado de mano instrumentifica; Fray Luis, cristianizando y modernizando a Galeno, contempla en el hombre un ser personal,

¹⁷ *Símbolo*, I, XXVI

¹⁸ *Símbolo*, I, XXXIV.

imagen de Dios, que vive y se realiza a través de unos instrumentos ordenados espacial y temporalmente en el maravilloso edificio de su cuerpo.

El método de las descripciones anatómicas de Fray Luis depende estrechamente de su punto de vista descriptivo. Quiero decir con ello que ese método es galénico; más aún, puramente galénico, puesto que en las descripciones de cada órgano no pueden influir gran cosa las discrepancias que respecto al punto de vista descriptivo existen entre Fray Luis y Galeno. Valverde hace, en cuanto puede—muchas veces no puede, porque se le hace inevitable la Fisiología—, descripciones estrictamente morfológicas: quiere limitarse a decirnos *cómo son* el cuerpo humano y las partes que le constituyen. Galeno—y, conforme a su ejemplo, Fray Luis—describe las partes del cuerpo humano con un criterio a la vez morfológico, funcional y teleológico; pretende enseñarnos simultáneamente *cómo es* el órgano, *qué hace* en la vida total del cuerpo y *para qué* es como es, supuesta la función que le compete. El estudio de la forma es, para Galeno, rigurosamente inseparable del estudio de la función y de la finalidad¹⁹. No tardaremos en ver ejemplos concretos de este modo de describir, tal y como lo entiende Fray Luis; esto es, cristianamente. Si San Juan de la Cruz es a veces, como ha demostrado Dámaso Alonso, Garcilaso “a lo divino”, Galeno “a lo divino” es en ocasiones Fray Luis de Granada.

En resumen: el punto de vista descriptivo de Fray Luis de Granada es el galénico, modernizado y cristianizado; el método de sus descripciones anatómicas se propone mostrar la esencial conexión que existe entre la forma, la función y la finalidad del cuerpo entero y de cada una de sus partes. Pasemos ahora al estudio de los diversos capítulos de la breve Anatomía humana contenida en la *Introducción del Símbolo de la Fe*.

¹⁹ El punto de partida de este método descriptivo está, como siempre, en Aristóteles. Según Aristóteles (*Phys.*, 199 a 30), en los seres naturales—es decir, aquellos cuyo movimiento acontece *kata physin*, “conforme a la Naturaleza”—coinciden la causa formal y la causa final. Cuando exponga las ideas fisiológicas de Fray Luis reaparecerá este tema.

FABRICA Y ARMAZON DEL CUERPO

Sabemos ya que la descripción anatómica de Fray Luis comienza por la "fábrica y armazón del cuerpo humano, la cual consiste en el asiento y orden de los huesos de que él está compuesto"; así lo requiere—son sus propias palabras—"la orden de proceder". Lo primero, por lo tanto, el esqueleto, aparato de sostén y primaria estructura morfológica del cuerpo humano.

Con Vesalio y los dos autores de los "Sueños anatómicos", más expresamente aún que todos ellos, compara Fray Luis el conjunto del esqueleto a la fábrica de un edificio: "Puede también compararse esta fábrica—escribe—con la de una casa alta, armada sobre dos columnas. Porque las piernas sirven aquí de columnas que sustentan todo este edificio, cuyas bases son los pies, sobre que ellas se sustentan, y todo lo demás es el edificio de la casa, el cual va trabado y enlazado con los huesos del espinazo que suben por las espaldas hasta lo postrero de la cabeza, todo hecho de diversas piezas, como una cadena de diversos eslabones, con sus maravillosas encajaduras, del cual proceden las costillas, así como en lo alto del edificio hay una viga principal, que toma de pared a pared, de la cual proceden las costaneras, a las que llaman asnas, que sostienen la tabazón con que se cubre y remata el edificio"²⁰. No he leído una consideración arquitectónica del esqueleto más precisa que la de Fray Luis de Granada.

No se propone Fray Luis, sin embargo, hacer una descripción pormenorizada del esqueleto; a él le basta con mostrar que no hay "hueso alguno grande ni pequeño que no esté predicando la sabiduría y providencia del Criador"²¹. Y si esto puede decirse de cada hueso, más profundo habrá de ser el pasmo del considerador cuando atienda al número y conjunto de todos ellos. "En todo el cuerpo del hombre—escribe nuestro anatomista—hay más de trescientos huesos entre grandes y pequeños. Y así, en cada lado, hay más

²⁰ *Símbolo*, I, XXIV.

²¹ *Símbolo*, I, XXIV.

de ciento y cincuenta huesos; y cada uno dellos tiene diez propiedades (que los anatomistas llaman scopos), conviene a saber: tal figura, tal sitio, tal conexión, tal aspereza, tal blandura y otras semejantes. De suerte, que multiplicando estas diez propiedades, y atribuyéndolas a cada uno de los ciento y cincuenta huesos, resultan mil y quinientas propiedades de los huesos a un lado, y otras tantas en el otro" ²².

Olvidemos por un momento la intención laudatoria con que Fray Luis compuso este párrafo—intención religiosa, de salmo—y atengámonos a los datos anatómicos de su contenido: número de los huesos, "scopos" o propiedades de cada uno de ellos. ¿De dónde han llegado a Fray Luis estas noticias?

La imprecisa enumeración de los huesos puede haber sido tomada de cualquier obra anatómica; del propio Valverde, por ejemplo (*Historia*, fol. 28 v.). La alusión a los "scopos" o propiedades de los huesos pone sobre la pista de otras fuentes la información. Llámase "scopo" (del griego *skopós*, punto de mira, blanco de un tiro, objetivo, término de una observación) a cada uno de los puntos de vista empleados en la descripción de un órgano o, más generalmente, de una parte anatómica cualquiera. Galeno utiliza este vocablo con intención técnica, aunque sin la precisión que más tarde ha de alcanzar ²³; en la obra de Vesalio y Valverde ha desapareci-

²² *Símbolo*, I, XXIII.

²³ El texto fundamental de Galeno es, a mi juicio, el cap. 24 del escrito *de constitutione artis medicae*. Trata en él Galeno de enumerar los diversos "objetivos" (*scopi, skopoi*) del médico ante las alteraciones de las partes "similares" y de las "disimilares". Tácitamente apoyado en las categorías de Aristóteles, va definiendo Galeno la tarea del médico frente a los trastornos en la magnitud, el número, la figura, la composición, etc., de las partes afectas por la enfermedad. Los anatomistas medievales, y muy especialmente los que acentúan la orientación "práctica" de la Anatomía (tal, Mondino de Lucci), convertirán a todos esos *scopi* del médico en otras tantas propiedades descriptivas de cada "parte" anatómica.

El principio a que se ajusta Galeno en *de constitutione artis medicae* está muy claramente expresado en su tratadito *de ossibus*. Dice así la traducción latina del párrafo a que me refiero: *etenim, in omnibus quae ad medicinam pertinent, perspicuum est, id, quod secundum naturam est, tanquam scopum habendum esse...* La mentalidad hipocrática del texto es por demás evidente.

do ya. Valverde no describe los huesos según sus diez "scopos", sino conforme "al verdadero sitio, figura y natura dellos" (*Historia*, fol. 3 v.); las diez propiedades que distinguen los anatomistas anteriores han quedado compendiadas en estas tres.

¿Qué son, entonces, y qué representan esos "scopos" a qué se refiere Fray Luis de Granada? Trátase de un concepto descriptivo introducido verosimilmente por Galeno, elaborado luego por los anatomistas medievales del período escolástico (Mondino de Lucci, Bertuccio) y más o menos literalmente calcado sobre las categorías de Aristóteles. Bertuccio, por ejemplo, da la siguiente enumeración: *positio, substantia, complexio, quantitas, numerus, figura, colligatio, actio, utilitas, aegritudines*. Montaña de Monserrate escribe, por su parte: "en cada uno de los miembros se han de declarar onze cosas, es a saber la templança, el número de sus partes, la cantidad, la unión, el sitio, la figura, la superficie, el camino, el vaso o receptáculo que naturalmente le conviene, y también su utilidad y sus dolencias" ²⁴.

La idea de las diez u once propiedades descriptivas de las formaciones anatómicas está todavía en vigor en alguno de los libros de Anatomía que Fray Luis de Granada manejó, pero el nombre de "scopo" ya no se encuentra en ellos. ¿De dónde pudo tomar Fray Luis la tan precisa noticia que de los "scopos" nos da: "diez propiedades, que los anatomistas llaman scopos"? La minuciosa pesquisa que para resolver este pequeño problema he llevado a cabo, no me ha permitido salir de este trilema: o Fray Luis halló pretéxto para esa frase suya en los escritos anatómicos de Luis Collado y de Pedro Gimeno ^{24 *}, que con relativa frecuencia usan la palabra latina *scopus*, aunque sin el preciso significado que "scopo" tiene en la *Introducción del Símbolo de la Fe*; o interpretó anatómicamente, como los medievales, el capítulo 24 del escrito *de constitutione artis*

²⁴ *Anothomia*, fol. IV.

^{24 *} Pedro Gimeno: *Dialogus de re medica...*, Valentiae, ex typographia Ioannis Mey, 1549. Luis Collado: *Galenii pergameni liber de ossibus ad tirones... enarrationibus illustratus a Ludovico Collado Valentino...*, Valentiae, ex typographia Ioannis Mey, 1555. Collado comenta muy detenidamente el texto de Galeno que aparece en la nota núm. 23.

medicae; o, en fin, supo de esa palabra por sus conversaciones con los médicos cultos que durante su vida trató.

Tres funciones principales cumplen los huesos, según la cuenta de Fray Luis de Granada: la primera, servir a "la firmeza y estatura del cuerpo" y de sostén a las partes blandas que cubren el esqueleto, le dan movimiento y lo hermocean; la segunda, hacer posible el movimiento: "es todo (el esqueleto) como hecho de gonces, para que así pueda el hombre jugar todos sus miembros, y menearlos sin dificultad"; la tercera, proteger con su dureza a las vísceras: "amparar lo flaco con lo fuerte", como textualmente dice nuestro descriptor. Esta ordenación de las utilidades del esqueleto, que recuerda a la que expone Montaña de Monserrate y acaso fuese tomada de su *Anothomia*²⁵, llena de religiosa admiración a Fray Luis y le mueve, como tantas veces, a una suave admonición moral. Dios, por cuya providencia defienden los huesos a los órganos blandos y débiles, nos enseña en esto "que los grandes y poderosos en la República han de ser, no desolladores, sino defensores de los que poco pueden", como hacen las costillas con el corazón. Apunta aquí la idea de un paralelismo entre el orden de la naturaleza y el orden de la sociedad humana, sobre el cual habrá ocasión de insistir.

El sentimiento de que brota esta reflexión moral es el asombro; un asombro honrado, pronto a la alabanza, ante la sabiduría y la providencia de Dios con su criatura predilecta. "Tres obras y maravillas de Dios" hay que contemplar en los huesos del hombre, tantas como oficios cumplen. Viene en primer término la perfección suma de "la encajadura y enlazamiento de los huesos unos

²⁵ "Hueso—escribe Montaña—es miembro simple seminal más duro que ninguna otra parte de nuestro cuerpo: el qual fué criado de naturaleza para tres beneficios, es a saber. Para defensa y escudo de los miembros principales que se contienen dentro de los huesos, como son los huesos del pecho y del casco de la cabeza. El otro provecho es para sustentación del cuerpo, como los huesos del espinazo. El tercer beneficio es el movimiento voluntario de los miembros, como son los huesos de los brazos y de las piernas. Porque según es sentencia de Aristóteles, es necesario para cualquier cosa que voluntariamente se mueve, que tenga alguna cosa fija y dura sobre que estribe..." (*De la anothomia del cuerpo humano*, fol. X r. y v.)

con otros"; es la segunda "la semejanza que tienen los huesos de un lado con los del otro"; y la tercera maravilla, más pàsmosa aún que las dos anteriores, "es ver la hechura y las propiedades que tiene cada hueso para el lugar donde está y para el oficio que ejercita". El buen orden estático y dinámico de las articulaciones, la simetría del esqueleto y la adecuación entre la forma y la función de cada hueso, puros "hechos de observación" para la mente del hombre secularizado, son otras tantas maravillas de Dios para el alma cristiana de Fray Luis. Cuanto en el cuerpo humano es bello y ordenado le incitá a la alabanza; lo desordenado o menos perfecto y aquello por lo que la naturaleza humana recuerda el cuerpo animal, es contemplado por Fray Luis como una lección moral, terrible unas veces, tiernamente irónica otras: "para qué se abaje la soberbia y vanidad de los gentiles hombres y mujeres, y vean de qué se vanaglorian—escribe, descubriendo un sentido "a lo divino" en los errores anatómicos de Galeno—, sepan que los cuerpos que los antiguos hallaron más semejantes a los nuestros (aunque sea vergüenza decirlo) fueron los de las monas y los puercos". Todo en Fray Luis, hasta lo más trivial, se resuelve definitivamente en alabanza o consejo.

COBERTURA DEL ESQUELETO

"Será bien en este segundo (libro)—dice Valverde, iniciándolo—tratar de las ataduras de los huésos, de la carne, de los Morzillos, de la Tela carnosa, de la Gordura, del Pellejo y Pellejuelo, mediante los cuales los huesos y Ternillas se juntan y visten" ²⁶. A este esquema se atiene también Fray Luis, aunque sus datos sean harto más exiguos que los del anatomista. Menciona por dos veces las "ataduras de los huesos", con ese mismo nombre y con el más moderno de "ligamentos"; se limita igualmente a nombrar en varios lugares a los músculos, transformando en "morecillo" el término

²⁶ *Historia*, fol. 29 r.

“morzillo”, más vulgar, empleado por Valverde²⁷, y no hace alusión alguna a la “tela carnosa” (aponeurosis). Dedicar todo el párrafo, en cambio, a describir el pellejuelo (epidermis), el pellejo (dermis) y la gordura (tejido celular subcutáneo, pániculo adiposo) con datos más o menos literalmente extraídos del disector castellano²⁸.

Considerando toda esta “cobertura” de los huesos—en la cual incluye los vasos y los nervios—, tres cosas llenan de pasmo el alma de Fray Luis: su maravillosa adecuación a los fines que cumple, su simetría perfecta y la belleza de la figura que su conjunto traza: “ni un anillo para el dedo, ni una vaina para su espada viene tan medida ni tan compasada como cada una destas partes para el oficio que sirve”; “todo lo que habemos dicho de la proporción y semejanza de los huesos de un lado con los del otro, esa misma ley hay en las ternillas, y en los ligamentos y ataduras de los huesos, y

²⁷ “Todo junto haze, en algunos morzillos, la figura de un ratón o mur, por lo cual los latinos le llamaron Músculo. Nosotros, Murecillo, y después, Morzillo” (Valverde: *Historia*, fol. 30 v.). Sobre la relación entre la terminología anatómica de Fray Luis y la de Valverde, véase lo que luego se dice.

²⁸ Fray Luis: “Un pellejuelo muy delicado, que muchas veces lo desollamos sin sentirlo, como acaece a los que tienen sarna o viruelas.” Valverde: “Un pellejuelo sin sangre, delgado como tela de cebolla... Este pellejuelo, si algunas veces se rompe, como haze ordinariamente en los sarnosos, o se desapega, como quando se hace alguna vexiga...” Fray Luis: “Otro pellejo más fuerte, que en algunas partes está más grueso, como en la cabeza para defensión della, y en las plantas de los pies para los que andan descalzos; en otras está más delgado, como en la cara.” Valverde: “Es así mesmo differente este pellejo en ser en unas partes más grueso, como en las plantas de los pies, y en la cabeza, en otras más delgado, como en la cara.” Fray Luis: “Nos proveyó también (el Criador) de mucha gordura, que es como una colcha que abriga toda la carne de nuestro cuerpo: lo cual se ve no sólo en algunos animales en los que abunda esta gordura, sino también en cualquier cuerpo humano, si no está muy flaco.” Valverde: “Debaxo deste pellejo ay mucha gordura, ni más ni menos que en los puercos, lo qual se ve en cualquier cuerpo, que no esté muy flaco...” Copiando a Valverde, Fray Luis mejora el rudo estilo del médico romancista, perfecciona alguna de sus palabras técnicas y dulcifica ciertas expresiones que le parecen malsonantes. Nótese, por ejemplo, cómo la frase de Valverde “ni más ni menos que los puercos”, tangente, por lo menos, con la grosería, se convierte en Fray Luis en “algunos animales en los que abunda esta gordura”. Luego reaparecerá el tema de la relación entre el lenguaje de Valverde y el de Fray Luis.

en los morecillos, y en los niervos, y venas, y arterias de un lado para con las del otro"; "sobre esta armazón de huesos extendió el Criador la carne y la piel para hermosura del cuerpo humano, así como después de levantadas las paredes de una casa, la encalamos y guarnecemos, para que parezca más hermosa" ²⁹. La hermosura y el provecho se aúnan maravillosamente en toda la fábrica del cuerpo humano.

El esqueleto y sus cubiertas dibujan el contorno exterior de la figura humana. Aquí es donde Fray Luis ve brillar con lumbré más clara y perceptible esa alianza entre la belleza y la utilidad con que Dios distinguió a toda la naturaleza visible. Los cabellos, por ejemplo, sirven de abrigo y defensión a la cabeza, y para honestidad y hermosura del cuerpo entero: "¡Cuán a propósito—escribe Fray Luis, lleno y aun colmado de envidiable candor—fueron dados los pelos de la barba a los hombres, y quitados a las mujeres! Porque en ellas fueran grande fealdad, siendo, por el contrario, en los hombres parte de hermosura y autoridad. Y no menos sirven para la distinción entre el varón y la hembra para guarda de la castidad; porque a cuántos malos recaudos y engaños se abriera la puerta, si los hombres carecieran desta señal" ³⁰. No es el áspero y conciso Valverde quien ahora está bajo la letra de Fray Luis, dando soporte científico a su intención religiosa, sino al suave y digresivo Galeno, "que más divina y largamente trató esta materia". Todo el capítulo del tratado *de usu partium* en que Galeno trata de la utilidad de los pelos y cabellos está compendiado, con literal coincidencia a veces, en las palabras de Fray Luis ³¹.

Alaba también nuestro anatomista la figura del cuello, "que es como una hermosa columna, aunque compuesta de diversas piezas"; los huesos del pecho, "que son como unas corazas para guarda del corazón"; la pared del vientre, carente de huesos "porque como las tripas que ocupan este lugar sean de una carne blanda, recibieran

²⁹ *Símbolo*, I, XXIII y XXIV.

³⁰ *Símbolo*, I, XXXII.

³¹ *Venerabundus nunc magis mas apparet... Ostendimus naturam, animae moribus, corporis formam fecisse convenientem... (de usu partium, XI, 14).*

perjuicio con la vecindad de los huesos duros, si aquí se pusieran"; las nalgas, "dos cojines naturales para estar asentados sin trabajo"; las "barriguillas de las piernas", tan útiles para la equitación, "demás de la gracia y hermosura que tienen"; los pies, "sobre los cuales estriban los hombres, y con el ayuda dellos cuando es menester suben por una lanza y a veces andan por una maroma".

Son las manos, sin embargo, las partes del cuerpo que más hondamente asombran a Fray Luis. "Ministros de la razón y de la sabiduría", las llama en un capítulo³²; "convenientísimo y general instrumento de las más principales partes de nuestra ánima, que son la razón y la voluntad", dice de ellas en otro³³. Ensalza Fray Luis la leve concavidad de la palma y sobre todo la utilidad y la hermosura de los dedos: "cá el número dellos es perfecto, y la orden y dignidad muy decente, y asimismo la flexibilidad de los artículos, y la forma de las uñas redonda y firme, para hermosura y guarnición de los dedos, y para que la ternura dé la carne no recibiese detrimento usando dellos"³⁴. Admira, en fin, el uso del pulgar, "el cual, apartado de los otros, sale a recibirlos, dándoles facultad para abrazar y recibir las cosas como réctor y gobernador dellos". Por todo lo cual, gracias a sus manos—dice Fray Luis, expresamente apoyado en Cicerón—puede el hombre labrar los campos, tejer y coser las vestiduras, fabricar las cosas que se hacen de hierro o de metal, edificar las ciudades, los muros y los templos: "Usando de las manos en las cosas de la naturaleza, habemos venido a fabricar otra nueva naturaleza", termina.

Toda la sabiduría antigua late detrás de estas alabanzas de Fray Luis de Granada. Anaxágoras había dicho, según Aristóteles, que el hombre, porque tiene manos, es el más juicioso (*phronimótaton*) de todos los animales. Aristóteles es de opinión contraria: sostiene que el hombre tiene manos por ser el animal más juicioso, y canta a la mano como instrumento primario de la inteligencia (la mano como "instrumento de instrumentos", *órganon prò orgánon*).

³² *Símbolo*, I, XXXII.

³³ *Símbolo*, I, XXXV.

³⁴ Compárese este texto de Fray Luis con Galeno. *de usu partium*, XVII.

Elogia también la disposición, el tamaño relativo y el movimiento de los dedos, protegidos por la cubierta de las uñas (*de part. an.*, 687 a-b). Cicerón viste de énfasis oratorio las alabanzas de Aristóteles (*de nat. deorum*, II, 60) y Galeno, dos siglos más tarde, construye sobre ellas la descripción anatómofisiológica de la mano que da comienzo a las páginas del tratado *de usu partium*: las manos, dice Galeno, “órganos de la razón (*logos*)”, los órganos convenientes al más sabio (*sophótaton*) de los animales, la fortaleza del hombre, “animal político y pacífico”, los instrumentos con que el hombre “escribe sus leyes, erige a los dioses altares y estatuas, construye naves, flautas, liras, cinceles, tenazas y todos los instrumentos de las artes, deja a la posteridad sus comentarios escritos en torno a las especulaciones antiguas; y así, gracias a las letras y a las manos, es hoy posible conversar con Platón, Aristóteles, Hipócrates y otros antiguos” (*de usu partium*, I, 2-3). Los elogios de Fray Luis de Granada, a un tiempo cristianos y antiguos, cobran a nuestros ojos un profundo sentido histórico. Son, por una parte, testimonio de la actitud bautismal, si vale hablar así, con que los cristianos han querido situarse casi siempre frente a la sabiduría antigua³⁴ *. Son, por otro lado, las palabras con que se despide toda una época de la Historia Universal: el hombre había sido hasta entonces un animal racional y manidestro; ahora va a convertirse—sin dejar de manejar sus manos, por supuesto—en un ser pensativo y mensurador.

ORGANOS DE LA VIDA VEGETATIVA

Fray Luis de Granada, antes lo dije, no cree necesario distinguir de la “potencia vegetativa” una *dynamis zotiké* o “potencia vital”, como propuso Galeno y siguieron aceptando todos o casi todos los anatomistas, hasta el siglo XVII, y aún más acá. En consecuencia, no establece una separación metódica entre las vísceras

³⁴ * Léese otro elogio cristiano de la mano humana en San Gregorio de Nisa, *de opif. hom.* (Patr. Gr. 44 p. 148 G).

del abdomen y del tórax, y estudia sin mayor solución de continuidad el tubo digestivo, el hígado, el corazón y los pulmones o livianos ³⁵. Todos ellos sirven de consuno al mantenimiento de nuestra vida, como diversos oficiales de una complicada alquimia; "porque para una mudanza tan grande como es hacer de pan o de cualquier otro manjar carne humana, eran necesarios muchos oficiales y muchos cocimientos y alteraciones del manjar para que dejada su propia forma se mudase en nuestra sustancia".

Reconoce Fray Luis la relativa independencia funcional de cada una de las partes anatómicas del tubo digestivo, aunque todas ellas conspiran al mismo fin: "todos los miembros—dice—tienen sus oficios limitados, y son entre sí tan comedidos, que ninguno quiere usurpar el oficio del otro". Cada uno actúa a su tiempo y a su modo, y en primer término los dientes, que Fray Luis describe sumariamente, apoyado en el texto de Galeno ³⁶. Viene luego una breve alusión a la lengua—"como pala de horno"—y, tras ella, la descripción de las "dos canales" del cuello.

Distingue Fray Luis, como es obvio, entre el esófago y la tráquea: el "coladéro o garguero" y la "caña del pulmón". Hay en ello una curiosa peculiaridad onomástica. Valverde y la Academia Española llaman gargavero o garguero a la laringe: "El Gargavero—define Valverde—es el primer agujero de delante, de los que se ven en los Gaznates, por el cual pasa el ayre a los pulmones; compuesto de tres térnillas" ³⁷; "la parte superior de la tráquea", dice la Academia que es "garguero". Fray Luis, en cambio, llama "garguero" a la canal que "atrae a sí el manjar ya molido y lo lleva al estómago". Si se tiene en cuenta que "gargavero" es también un "instrumento músico de viento, compuesto de dos flautas dulces con una sola embocadura", tal vez se explique la diferencia; Valverdé llama "gargavero" a la flauta aérea (laringe), Fray Luis "garguero" a la flauta alimenticia (faringe y esófago) de las dos en que se par-

³⁵ *Símbolo*, I, XXVI. Es muy significativo el hecho de que todas estas vísceras sean descritas sucesivamente en los cinco párrafos de que se compone este capítulo.

³⁶ *de usu partium*, XI, 8-9.

³⁷ *Historia*, I, XXVIII, fol. 27 v.

te la común embocadura de las fauces³⁸. Valverde llama al esófago "tragadero, herbero o garganta"³⁹, y los dos dan el nombre de "caña del pulmón" a la tráquea.

El esófago, dice Fray Luis, "está siempre cerrado para que no entre aire ni frío por él que impida el cocimiento de la digestión, pero ábrese y dilátase con el mismo manjar que el estómago atrae a sí". Menciona también la epiglottis: "una lengüeta tan delicada y asentada con tal primor, que el mismo aire con que respiramos la abre y la cierra... Y sirve esta lengüeta para que no entre en la caña del pulmón algún polvo o aire destemplado, que pueda hacer algún daño". En todo ello ha sido otra vez Galeno la fuente de nuestro anatomista⁴⁰.

Del estómago cuenta Fray Luis su relación de vecindad con el corazón y el hígado. Habla también de las dos telas que componen su pared y piensa, siguiendo a Galeno y contrariando a Valverde, que un canalillo biliar vierte algo de bilis entre esas dos túnicas, para dar calor al estómago: "como un leño encendido, se pone (aquella vena) debajo del suelo desta olla para darle calor"⁴¹. Nom-

³⁸ Una duda queda en pie: ¿Son palabras equivalentes "gargavero" y "garguero"? ¿Procede ésta de aquélla o tienen las dos una etimología diferente? Las palabras "garganta", "gárgara", "gargajo", etc., vienen todas del verbo griego *gargarizo*, hacer gárgaras, y éste, según la Academia Española, de la raíz onomatopéyica *garg*. ¿Tiene la misma raíz "gargavero"? La Academia no resuelve este problema. Fray Luis de Granada parece tener por equivalentes a las dos palabras, puesto que, copiando a Valverde, escribe "garguero" donde éste dice "gargavero" (recuérdese el párrafo a que hace referencia la nota núm. 20 del capítulo anterior).

³⁹ *Historia*, III, II, fol. 60 v.

⁴⁰ *de usu partium*, VII, 13.

⁴¹ Dice Galeno: *Meatus biliosus, qua huic inseritur exiguum de se ramum supra pylorum emittit. Quin et particulam admodum parvam simul cum vena, quae ad viscus sursum pertendit, in membranam extrisecus ambientem deferri spectabis...* (*de anat. admin.*, VI, 12). Afirma Valverde, más fiel a la realidad: "El otro tronco (el colédoco) camina hazia abaxo arrimándose a la tela de abaxo del redaño, y assi camina en soslayo hazia abaxo hasta el fin de la tripa dozena entrando entre tela y tela de tal manera que después de salida se tornan a juntar la una tela de la tripa y la otra, y no dexan tornar la cólera o entrar, y assi descende a las tripas sin subir jamás al estómago..." (*Historia*, III, VIII, folio 64 r.)

bra a “los intestinos, que son las tripas”, pero no describe los diversos tramos de que se componen; tan sólo alude a su longitud y a la flexuosidad de su curso, las cuales son por él interpretadas teleológicamente, de acuerdo con Galeno y con la opinión que éste atribuye a Platón y Aristóteles: “ordenó aquel artífice soberano—nos dice Fray Luis—que estos intestinos tuviesen tantas vueltas y revueltas (pues tienen más de sesenta palmos en largo), para que en tan largo trecho haya tiempo para atraer el hígado a sí todo lo que fuere de provecho; demás de ser esto necesario para la vida política del hombre. Porque a no haber más de un intestino corto, ni se pudiera el hígado aprovechar bien del manjar, y así el hombre siempre padecería hambre, y a cada paso tendría necesidad de purgar el vientre”⁴². Por fin, “el desagüadero” de los intestinos, “el cual está en la más secreta y escondida parte de nuestro cuerpo”, por especial designio de la sabiduría del Creador.

De los intestinos “sále gran muchedumbre de venas muy delgadas, las cuales se van ensanchando y ramificando de tal manera, que vienen a parar a un tronco, que es la vena que llaman porta; la cual viene a fenecer en la parte baja del hígado”. Compara Fray Luis a la vena porta con un árbol, según el ejemplo de Galeno en *de anatomicis administrationibus*⁴³, pero invirtiendo la colocación del árbol y equiparando a las ramas los tractos venosos que el pergameno ve como raíces. Al peritoneo sólo hace nuestro anatomista una somera alusión: “una tela muy blanda llena de grosura, que es como una colcha que las abraza y abriga (a las tripas) para que estén más guardadas”; ve en él, por tanto, “el regalo de la divina Providencia para con nuestras tripas”. Otra vez está donosa alianza, tan de Fray Luis de Granada, entre el realismo de la lengua y la delicadeza del espíritu.

⁴² Véase el texto concordante de Galeno en *de usu partium*, IV, 17. Platón dice enérgicamente que si el tránsito intestinal del alimento fuese más rápido, el género humano sería *philosophon kai amouson*, “ajeno al saber y a las musas” (*Tim.* 73 A).

⁴³ *de anatomicis administrationibus*, VI, 6. Avicena copia el simil de Galeno (*Canon*, lib. I, fen I, doct. V).

El hígado es descrito como “miembro caliente”, que por la vena porta atrae hacia sí “lo más líquido del manjar... y lo recibe en los senos y poros de que está lleno”, dato este inequívocamente galénico⁴⁴. “Pegada con el mismo hígado está la vejiguilla de la hiel”, depósito del exceso de bilis amarilla, la cual “tiene ciertas vías, por las cuales desciende a los intestinos”. En conexión mediata con el hígado, aunque espacialmente separado de él, es descrito el bazo, que atrae “lo que sobra de la melancolía”, para enviarla al estómago y excitar el apetito. Todas estas nociones pertenecen, como es patente, al repertorio de la Fisiología tradicional, y están tomadas de Galeno y Avicena⁴⁵. De Galeno también, o acaso de Valverde, pudo extraer Fray Luis la aparente verdad de que el tronco de la “vena grande que se llama vena cava” procede del hígado⁴⁶. Este tronco, “a manera de las ramas de un árbol, se va ramificando en diversas venas, unas mayores, y otras menores, como lo vemos en las ramas de cualquier árbol, y aun en cada una de las hojas”; y esas venas llevan a “todos los miembros y huesos” la sangre de su mantenimiento, “sangre nutrimental”, como la llama Fray Luis.

Otra parte de la sangre fluente por la vena cava “va derecha al corazón, el cual, como tenga dos ventrículos o senos distintos, recibe esta sangre en el primero dellos”. Ya se entiende que Fray Luis llama “ventrículo” o “seno” a cada una de las dos mitades del corazón, esto es, al conjunto formado por un ventrículo *stricto sensu* y la aurícula a él correspondiente. Ve en el cora-

⁴⁴ *de usu partium*, IV, 12. Galeno habla expresamente de los poros intra-hepáticos. Valverde, en cambio, se limita a decir que “la sustancia del hígado no es otra que una sangre elada, por la qual están infinitas suertes de venas sembradas, y todo junto está embuelto en una muy delgada tela, que nace de las ataduras que le juntan al peritoneo debaxo de la diafragma” (*Historia*, III, VII, fol. 63 v.).

⁴⁵ Avicena es expresamente mencionado por Fray Luis. Véase el texto que éste cita en el *Canon*, lib. I, fen I, doctrina IV, cap. I. (*Avicennae... libri in re medica omnes*, Venetiis, apud Vincentium Valgrisium, MDLXIII, fol. 23.)

⁴⁶ “Yo diría—escribe Valverde, refiriéndose a la vena cava—que esta vena nace más ayna del hígado que de ninguna otra parte.” (*Historia*, VI, VI, folio 85 v. y 86 r.)

zón el rey del cuerpo, conforme a la vieja idea de Aristóteles: "está—dice—como rey en medio de nuestro pecho, cercado de otros miembros principales, que sirven al regimiento del cuerpo" ⁴⁷. Es el corazón, además, fuente del "calor de vida", y por lo tanto "miembro calidísimo"; tanto, "que si acabando de matar un animal grande como es un buey, metiésedes la mano en él, no la podríades sufrir" ⁴⁷ *. La sumaria descripción de la anatomía del corazón es, por supuesto, rigurosamente galénica: "tiene dentro de sí—dice Fray Luis—dos senos o vientrecillos, uno al lado derecho y otro al izquierdo, repartidos con una paredilla que está en medio de ambos, hecha de la misma substancia del corazón, que es una carne dura"; y la hizo así el Criador "para que no se rezumase por las paredes del corazón" la sangre tan caliente y tan viva que en él se engendra.

No conoció Fray Luis la idea de la circulación menor. Serveto la había expuesto en 1553, más de veinte años antes de que nuestro dominico redactase la *Introducción del Símbolo de la Fe*; pero la índole del libro en que fué expuesta y en fin que tuvo su primera edición—quedaron, como se sabe, dos únicos ejemplares—, impidieron que llegase noticia de ella a los finos y atentos oídos de Fray Luis de Granada ⁴⁸. Por esto, y muy con Galeno, dirá

⁴⁷ Es probable que este concepto "miembro principal" tenga su fuente inmediata en la *Anothomia* de Montaña de Monserrate. Miembro principal es, según Montaña, "aquel donde se engendra algún principio necesario para la vida del hombre o para la conservación del especie. Los grandes miembros principales son quatro, es a saber, el corazón, el cerebro, el hígado y los testículos..." (*Anothomia*, fol. VI r.). Léese también en Valverde: "En estos tres aposentos (vientre, pecho y cabeza) abitan tres miembros principales, en los quales (como en fragua) las cosas necessarias al mantenimiento, vida y movimiento se forjan" (*Historia*, III, I).

⁴⁷ * Este dato está tomado de Montaña de Monserrate: "Algunos que han puesto la mano en el corazón de algunos animales biuos, los quales dizen que lo hallan tan caliente que abraza la mano" (*Anothomia*, fol. XLIX).

⁴⁸ Pudo Fray Luis haber leído la descripción que de la circulación menor trae Valverde (*Historia*, VI, XIV, fol. 97 v.), inducida por él viendo demostrar a Colombo que la vena pulmonar (arteria venal) contiene siempre sangre. Ya sabemos que Fray Luis leyó el libro de Valverde; pero, o no detuvo sus ojos so-

que la sangre pasa “del primero destes senos al segundo, a refinarse más”. En lo cual—prosigue—“se ve otra providencia del aquel artífice soberano, que son los agujeros por donde así la una sangre como la otra hacen estas sus entradas y sus salidas: en las cuales puso el Criador sus compuertas levadizas, que son unas telas delgadas, semejantes a las compuertas de los molinos de la mar; las cuales la misma mar cuando sube o desciende, abre o cierra. Porque así aquí la misma sangre cuando entra las abre o cierra, para que después de entradã no pueda salir”. No me parece posible decidir si estas palabras de Fray Luis se refieren a las hipotéticas válvulas de los orificios que Galeno imaginó en el septo interventricular, o a las válvulas reales de los orificios atrioventriculares y arteriales, o a las dos.

La sangre arterial sale del corazón “por el tronco de una grande arteria”, la cual, según Fray Luis, se divide en dos brazos: “el uno destes brazos desciende a todos los miembros que están debajo del corazón hasta los pies, y el otro sube a los que están sobre él hasta la cabeza”. Dicho lo cual, queda expuesto cuanto en la *Introducción* se refiere a lo que hoy llamamos aparato circulatorio.

Viene a continuación, dentro del orden que sigue Fray Luis, el aparato de la respiración y de la fonación. El pulmón es un órgano doble, “de substancia esponjosa y liviana (de donde le vino el nombre de livianos), para que fácilmente se pueda mover, extender y encoger”. Este miembro, “a manera de fuelle, se está siempre abriendo y cerrando”, y con su constante movimiento cumple cuatro fines distintos: refrigerar el calor del corazón, impulsar el

bre la página en que nuestro anatomista expone su idea de la circulación menor (tal vez fuese así, puesto que, como veremos, Fray Luis había leído detenidamente otras páginas del libro posteriores a ésa), o no supo advertir la ingente novedad que Valverde enseñaba. Dice una vez Fray Luis: “Del primero destes senos (ventículo derecho) va la sangre al segundo (ventrículo izquierdo) a refinarse más”; y añade luego: “Y en éste (el seno derecho del corazón) se refina y purifica más para ir al seno o ventrículo izquierdo, donde se forman los espíritus vitales.” Ni estos dos textos, ni otro, que comentaré luego, acerca de las funciones del pulmón, permiten afirmar con verosimilitud que Fray Luis discrepase de la doctrina galénica, no obstante haber leído a Valverde.

aire productor de la voz, purgar de hollines la sangre de la vena arterial y hacer el aire inspirado apto para engendrar los espíritus vitales.

A cambio del refrigerio que el pulmón le presta, dice Fray Luis, siempre con Galeno ⁴⁹, “el corazón le mantiene y da de comer de su mesa real; porque sustentándose todos los otros miembros con la sangre de las venas (que es como pan casero, común a todos), éste sólo se mantiene de la sangre arterial, que se forja en el mismo corazón, que es purísima y finísima”. Quiere decir Fray Luis que el pulmón se nutre de la sangre que le lleva la arteria pulmonar; la cual sangre, tan pronto como llega al pulmón se purifica por eliminación de los “hollines” y “fumosidades” que la hacían impura. La expresión “sangre arterial” usada en el párrafo transcrito es manifiestamente exagerada, dentro de la ortodoxia galénica en que la descripción se mueve.

Las ideas de Fray Luis acerca de la fonación—intervención de la “boca de la caña del pulmón” o flauta de carne (laringe) y del “gallillo” o “campanilla” (úvula)—serán expuestas en el capítulo siguiente. En éste terminaré lo relativo al pulmón exponiendo cómo entiende Fray Luis su intervención en la hematosis: el pulmón dispone “el aire que por él entra para que de él se engendren aquellos espíritus vitales que dijimos, los cuales se forman de los vapores de la sangre arterial, junto con una parte del aire; el cual, distribuyéndose por todos los senos y substancia del pulmón, recibe dél virtud para esto”. Sólo la imprecisión con que nuestro curioso antropólogo declara esta vez su propio pensamiento puede hacer sospechar en este texto un barrunto de la circulación menor. Según la Fisiología tradicional, los espíritus vitales no se forman en el pulmón, sino en el ventrículo izquierdo, y no otra cosa pretende afirmar Fray Luis; mas para que esta transformación del aire inspirado en “espíritu vital” pueda llegar a efecto, es preciso que el aire alcance una “virtud” idónea, la que adquiere por su penetración en “los senos” pulmonares (vesículas y alvéolos) y su contacto con “la sustancia” del pulmón. Tan pronto como el aire posee tal virtud,

⁴⁹ *de usu partium*, VI, 10.

pasaría por la arteria venal (vena pulmonar) a las cavidades izquierdas del corazón, y en éstas, mezclado con los vapores de la sangre arterial y bajo la acción del calor cardíaco, se engendrarían los mencionados espíritus vitales. Es, ya se ve, la archiconocida hipótesis de Galeno.

No queda ya sino referir lo que Fray Luis dice acerca de los órganos excretorios de la orina. Los riñones están colocados "debajo del hígado" y "tienen dentro de sí sus concavidades y senos, adonde viene a parar la orina; la cual atraen a sí por una vena que llaman chupadora, diputada para este oficio". Fray Luis sigue aquí la traducción de Valverde y llama "chupadoras" a las *venae emulgentes* de los galenistas latinos (venas renales). Menciona también los uréteres ("venas uréteras") y describe con minuciosidad y pismo su desembocadura oblicua a través de las dos "túnicas o camisas" de la vejiga, de modo que la orina no pueda refluir. Galeno y Valverde están inmediatamente detrás de la descripción que hace Fray Luis y de las comparaciones con que la ilustra ⁵⁰. El estanque de

⁵⁰ "Esta vejiga—dice Fray Luis—tiene dos túnicas o camisas, la una junto a la otra, y aquellas venas que llamamos uréteras van a fenecer cada una por su parte en la primera destas túnicas, por un sutil agujero que para esto tienen, y en la otra túnica más abajo; y por estas venas que dijimos (las cuales hacen en el camino ciertas vueltas) va la orina entre ambas túnicas, hasta llegar al otro agujero de la túnica interior por donde entra en la vejiga, y después de entrada no puede volver atrás por estar muy conjunta la una túnica con la otra. Esto vemos en una pelota de viento, en la cual el mismo viento cierra la boca por do entró con un poquito de cuero que está a par della. Pues desta manera entrando la orina por el primer agujerillo de la primera túnica, y caminando por entre ambas al segundo de la segunda, que está (como dijimos) desviado del primero, en entrando en la vejiga por él, no puede tornar a salir, porque este segundo agujerillo, se cubre con la primera túnica, la cual está tan pegada a la segunda, que tapa aquel agujerillo de tal manera, que ni la orina puede volver atrás, ni aun aire puede entrar por él. Esto vemos cada día por experiencia; porque toman los muchachos la vejiga de un animal, y soplando por el caño della, hínchenla de viento, y atada esta boca, se queda llena de aire sin que pueda salir repunta dél" (*Simbolo*, I, XXVI, § 1). La descripción de Fray Luis transcribe, un poco redundantemente, las de Galeno y Vesalio. De Galeno (*de usu partium*, V, 13) es la alusión a la experiencia de llenar de aire una vejiga, y de Valverde (*Historia*, III, XI, fol. 66 v.) la comparación con las pelotas de viento. Recuérdese el contenido de la nota núm. 7.

la vejiga tiene, en fin, una cerradura gobernable a voluntad: "és un niervécico, el cual tiene apretada y cerrada aquella puerta, como si con los dedos apretásedes el cuello de una bota, para que no se derramase lo que hay dentro della", dice Fray Luis del esfínter vesical.

Queda así conclusa la exposición que nuestro improvisado anatomista hace de los órganos pertinentes a la vida vegetativa. No hay en la *Introducción del Símbolo de la Fe* alusión alguna a los órganos de la generación. La intención edificante del libro explica cumplidamente esta deliberada omisión de Fray Luis.

ORGANOS DE LA VIDA ANIMAL O SENSITIVA

Para la mente finalista de Fray Luis de Granada, la naturaleza del hombre ha de servir idóneamente a los fines propios de la vida humana. El fin del hombre es conocer a Dios y salvarse mediante sus obras. Pues bien, para que el hombre pueda cumplir este fin, necesita ser naturalmente libre e inteligente, sentir, moverse y nutrirse; disponer, en suma, de todas las acciones correspondientes a las tres potencias naturales de su alma, la intelectual, la sensitiva y la vegetativa. Por eso, luego de exponer la anatomía y las funciones de los órganos vegetativos, y repitiendo casi literalmente palabras de Valverde, escribe Fray Luis: "Todo lo que hasta ahora aquí se ha dicho no sirve para más que para mantener y dar vida a nuestros cuerpos. Mas porque con esto, no pudiendo el hombre moverse de un lugar, ni ver la diversidad de las cosas que en este mundo hay criadas (sin la noticia de las cuales le fuera imposible naturalmente poder venir en conocimiento del Criador), quedaba imperfecta la fábrica, no quiso nuestro Hacedor ser menos liberal con los hombres en esto, que en todo lo demás" ⁵¹.

⁵¹ *Símbolo*, I, XXVII. Vale la pena cotejar el texto de Fray Luis con el de Valverde: "En los dos libros passados auemos tratado de los miembros que sirven al mantenimiento y vida del hombre, pero porque con estos dos principios (no pudiera mouerse a parte alguna, ni ver las diversas cosas que en este mundo

Dios, providente con su criatura predilecta, concedió a la naturaleza humana la potencia sensitiva y los órganos en que esta potencia se actualiza: "crió en ellos (los hombres) un tercer principio demás del hígado y corazón, en el cual como en una fragua se forjan los espíritus mediante los cuales vemos, oímos, gustamos, tocamos y nos movemos, llamados por esta razón de los latinos, animales; los cuales se engendran de los espíritus de la vida, que dijimos hacerse en el corazón". También estas palabras han sido tomadas de la *Historia* de Valverde; y, con ellas, las que Fray Luis dedica a describir el sistema nervioso central: "Este tercer principio llamamos a los sesos, cuya silla está en la parte más alta del cuerpo; no porque para ellos fuese este asiento más seguro o mejor, sino porque estuviesen juntos a los ojos, los cuales no podían por ninguna vía estar en otra parte, habiendo de ser (como son) atalayas de la fortaleza de nuestro cuerpo. Pero suplió muy bien nuestro Hacedor la falta que en el sitio había, cubriéndolos de cabellos y cuero, y de un muy duro y recio casco, el cual, como una celada o yelmo, guarda que fácilmente no sean heridos; y después de dos télas, una más gruesa llamada dura madre, y otra más delgada llamada pia madre, las cuales envuelven los sesos y las salidas dellos, y todos los niervos. Y porque dije *y salidas*, es de saber, que los sesos tienen una salida, como cola (que comúnmente llamamos el tuétano del espinazo) que nace de la parte más baja de detrás de los sesos, y saliendo por el agujero mayor que se hace

ay criadas, sin la noticia de las cuales le fuera imposible poder venir en conocimiento del criador dellas, fin solo de todos los hombres) quedaua imperfecta la fábrica, no quiso nuestro hazedor ser menos liberal con los hombres en esto, que en todo lo demás" (*Historia*, V, I, fol. 78 r.). Fray Luis copia a Valverde, mejorando considerablemente su estilo y perfilando algunos de sus conceptos. Donde éste dice "mantenimiento y vida del hombre" escribe Fray Luis "mantener y dar vida a nuestros cuerpos", lo cual, evidentemente, es más correcto. En la frase de Valverde "le fuera imposible poder venir en conocimiento del Criador" intercala Fray Luis un "naturalmente", para no excluir la posibilidad de conocerle por medios sobrenaturales. Suprime Fray Luis, además, la frase "fin solo del hombre". Añádanse a éstas las bien manifiestas correcciones estilísticas.

en el hueso del colodrillo, descendiendo por el espinazo hasta el fin del hueso grande, haciéndose siempre algo más delgada”⁵².

Copiando a Valverde—galénico en esta ocasión, pese al moderado antigalenismo de su libro—, de nuevo se sitúa Fray Luis en la línea de la sabiduría antigua. La idea de los ojos como “ata-layas de la fortaleza de nuestro cuerpo” está ya en Platón (*doryphoriké oikesis*, *Tim.* 70 B). Cicerón los ve como *interpretes ac nuntii rerum in capite tanquam in arce mirifice ad usus necessarios et facti et conlocati sunt. Nam oculi—añade—tanquam speculatores altissimum locum optinent* (*de nat. deorum*, II, 56). El mismo sentido tienen dos famosos versos de Ovidio, según los cuales el “artífice de las cosas”

*os homini sublime dedit caelumque videre
iussit et erectos ad sidera tollere vultus.*

(*Metam.*, I, 85-86.)

Galeno da expresión “científica”, morfológica, a toda esta teleología metafórica en torno a la situación de los ojos. La cabeza, dice Galeno, no está hecha por causa del cerebro, a pesar lo que pueda sugerir el nombre griego de ésta (*enképhalon*, “en la cabeza”), porque ciertos animales, como algunos cangrejos, no tienen cabeza y sí un equivalente del cerebro, alojado en el tórax⁵³. La cabeza existe más bien por causa de los sentidos, y sobre todo de los ojos; los cuales, si han de cumplir idóneamente su función, por necesidad deben estar colocados en la parte superior y anterior del cuerpo⁵⁴. Nemesio de Emesa y Teodoreto de Ciró⁵⁵ elaboran más tarde una versión cristiana de esta tesis helénica; siglos después la repetirán en romance castellano Valverde y Fray Luis de Granada.

⁵² El texto transcrito copia literalmente las palabras con que Valverde inicia su descripción del sistema nervioso central. Fray Luis se ha limitado a suprimir la breve comparación que establece Valverde entre las meninges, el peritoneo y la pleura.

⁵³ *de usu partium*, VIII, 4 y 5.

⁵⁴ *de usu partium*, X, 1.

⁵⁵ *de providentia*, *Patr. Gr.*, 83, p. 601 A.

Fray Luis no toma de Valverde sino los pormenores anatómicos que cree pertinentes a su propósito; no quiere alardear de erudición anatómica ni abrumar a sus lectores con mil detalles menudos. De ahí que se conforme con añadir a su somera descripción del sistema nervioso central algunos datos sobre la médula, el sistema emuntorio del cerebro, los ventrículos y los nervios espinales. Ve Fray Luis en la médula espinal, siguiendo a Galeno y Valverde, una continuación homogénea de la sustancia cerebral o "masa de los sesos": "esta masa—escribe—corre por todo el espinazo, cercada de muy duros huesos, que la defienden, como a los (sesos) de la cabeza el casco; y asimismo va también ella envuelta con aquellas dos túnicas o camisas que dijimos tener en los sesos, que son la dura madre y la pia madre que está junto a ella". Aquí desconoce nuestro curioso de la Anatomía que su mentor Valverde, con palabras que traducen otras de Galeno, describe una tercera envoltura de la médula: "una particular tela nerviosa y dura, que está debaxo de las sobredichas" ⁵⁶ y protege a la sustancia nerviosa en los movimientos violentos del dorso.

De la sustancia medular proceden, según Galeno, Valverde y Fray Luis, los nervios espinales: "de la masa blanca que va por esta canal, que llamamos la médula del espinazo, nacen veinte y cuatro pares de niervos, de los cuales los doce sirven para dar estos espíritus animales a la parte de nuestro cuerpo que sube de la cintura arriba, y los otros para la que resta de cintura abajo hasta los pies, de tal manera repartidos, que los doce sirven a un lado del cuerpo y los otros doce para el otro. Y porque nada faltase a esta obra, proveyó aquel artífice soberano que en todos los huesos del espinazo hubiese unos muy subtiles agujericos por donde estos niervos salen a hacer estos oficios susodichos. Y aun de otra cosa proveyó más subtil, que es de una delicadísima tela que divide las dos partes desta médula espinal; y de la una banda desta tela proceden los niervos de un lado, y de la otra parte los del otro, sin prejudicar los niervos de la una parte a la masa de do proceden

⁵⁶ *Historia*, VII, VIII, fol. 101 r. Galeno habla de una tercera cubierta "tendinosa, gruesa y fuerte" (*de usu partium*, XII, 15).

los de la otra". ¿De dónde ha podido tomar Fray Luis esa errónea enumeración de los nervios espinales? Galeno dice que la médula espinal se divide en cincuenta y ocho nervios, es decir, en veintinueve pares ⁵⁷. El error numeral de Galeno procedió, muy probablemente, de reducir a siete los ocho pares cervicales y de no contar el nervio coccígeo. Valverde, más cuidadoso, eleva el número a "veynte y ocho o treynta por lado, conviene a saber, del pescueço siete, de las espaldas doze, de los lomos cinco, del hueso grande seys" ⁵⁸. Nuestro anatomista ha visto el nervio coccígeo y lo incluye entre los pares sacros, pero no cuenta entre los cervicales el que pasa entre el occipital y el atlas. ¿Cómo se explica, entonces, el dato de Fray Luis? Sólo una hipótesis cabe: Fray Luis, con la *Historia* de Valverde ante sus ojos, fué sumando las cifras correspondientes a "los nervios que nacen del pescueço" (VII, IX), a los que "nacen de los ñudos de las espaldas" (VII, X) y a los que "salen de los "ñudos de los lomos" (VII, XI), y omitió los seis que "nacen del hueso grande" (sacro). La lámina del libro de Valverde en que están representados los nervios de todo el cuerpo (Tabla IV del Lib. VII) induce fácilmente, por otra parte, a cometer el error de Fray Luis.

Creo que es también Valverde el inspirador de la descripción del sistema emuntorio del cerebro contenida en la *Introducción del Símbolo de la Fe*: "en la parte más baja de la cabeza—dice Fray Luis—hay un embudo que fabricó la naturaleza, el cual tiene la copa ancha y redonda, y viene a rematarse en un caño estrecho; y este embudo recoge las flemas que se distilan de toda la cabeza, y por este caño estrecho vienen a parar a estos dos desagüaderos susodichos" ⁵⁹ (los orificios nasales). Estas palabras no son, a mi juicio, sino una versión para el gran público de las que Valverde dedica al infundíbulo del tercer ventrículo, vía por la cual se cumpliría la purgación del cerebro: "El principio desta salida hazé la natural figura de una boca de embudo, porque de mano en mano

⁵⁷ *de usu partium*, XII, 15.

⁵⁸ *Historia*, VII, VIII, fol. 101 v.

⁵⁹ *Símbolo*, I, XXX.

se va ensangostando como haze el embudo hasta acabar en un cañón angosto, el cual pasando por un agujero de la dura madre acaba en la lándrezilla que está sobre la silla del hueso cuneal, y por la parte de abaxo es redonda, por la de arriba haze en medio un hoyuelo, en el qual recibe la flema. Por este embudo (como por un colador) se cuele toda la flema de la cabeza" ⁶⁰. Fray Luis, siguiendo a Galeno ⁶¹, piensa que la purgación del cerebro acontece preponderantemente por los orificios nasales; Valverde opina, en cambio, que la flema sobrante en el encéfalo va a parar al paladar y a los ojos o sale por los agujeros del cráneo "por donde salen los nervios y entran las venas y arterias", porque "no tiene conducto alguno que la lleve a las narizes, atento a que naturalmente no suele purgarse la flema por ellas, sino por demasiada sobra de materia, como hazé en el romadizo" ⁶².

En un trabajo próximo expondré las ideas de Fray Luis de Granada sobre el papel de los ventriculos cerebrales en la vida psíquica del animal y del hombre. En éste quiero atenerme exclusivamente a mostrar cómo ve su función generadora de los "espíritus animales".

La doctrina de los "espíritus animales" (*pneuma psychikón*, de Galeno) despierta un vivo interés en Fray Luis. Créese obligado, por lo pronto, a exponer la razón de ser de esa doctrina: "será razón—dice—dar la causa por qué todos los médicos y filósofos ponen estos espíritus". Deben existir estos espíritus, piensa Fray Luis, porque la providencia de Dios dispone y ordena todas las cosas suavemente y "proporciona el instrumento con el agente principal que ha de usar dél". El "agente principal" de la animación humana es un alma espiritual; por lo tanto, "era necesario que los instrumentos propios y inmediatos della se pareciesen y proporcionasen con ella; y, o fuesen puramente espirituales, o a lo menos se llegasen mucho a la condición y nobleza dellos, cuales son los

⁶⁰ *Historia*, V, IX, fol. 81 r. y v.

⁶¹ *de usu partium*, IX, 3.

⁶² La observación de Valverde le sitúa como figura intermediaria entre la doctrina tradicional acerca del catarro (Galeno) y la decisiva polémica que contra ella sostienen en el siglo XVII van Helmont, Willis y C. V. Schneider.

espíritus de qué el alma se sirve para darnos vida, y mucho más los animales, que son como unos rayos de luz mediante los cuales nos da sentido y movimiento” ⁶³.

Afirma Fray Luis de modo muy resuelto la teoría del hombre que Schelér llama “clásica”, según la cual el poder y la dirección positiva de la vida corresponden a las formas superiores del ser, esto es, al espíritu: “son tanto más poderosas las cosas—dice taxativamente Fray Luis—, cuanto son más espirituales”; “cuanto más se acercan en su manera a la condición de las cosas espirituales, tanto son más nobles y más eficaces para obrar”, añade a las pocas líneas ⁶⁴. En consecuencia, el verdadero poder directivo sobre la vida humana no corresponde al instinto, sino al espíritu, al alma espiritual. Pues bien, piensa Fray Luis, con estricta fidelidad a la doctrina del microcosmos: del mismo modo que Dios gobierna el mundo mayor mediante el instrumento primario de los cuerpos celestiales, sustancias nobilísimas e incorruptibles, así también el alma rige al cuerpo humano por intermedio de “este linaje de espíritus que son los más vecinos y proporcionados a la dignidad y naturaleza de nuestra ánima”. “Lo que obra Dios en este mundo mayor, obra nuestra ánima en el menor, que es el hombre”, concluye.

Los espíritus animales son engendrados en los ventrículos laterales del cerebro, según la doctrina galénica. A ella se adhiere Fray Luis, bajo la guía de Valverde: “así como en el corazón hay dos senos o ventrecillos en que se fraguan los espíritus vitales—escribe nuestro dominico—, así en los sesos hay otros dos en que se forjan los espíritus animales” ⁶⁵. No cree que jamás pueda conocer el hombre la génesis de estos espíritus: “de qué manera se hagan, es cosa que excede la facultad de los entendimientos humanos”. Lo mismo piensa Valverde. “El oficio destes ventrezillos es... engendrar los

⁶³ *Simbolo*, I, XXVII.

⁶⁴ Compárense estas dos expresiones de Fray Luis de Granada con estas otras: “Las categorías superiores del ser y del valor son por naturaleza las más débiles” (Nic. Hartmann); “Originariamente es poderoso lo inferior, impotente la superior” (M. Scheler). Véase a este respecto *Die Stellung des Menschen im Kosmos*, Darmstadt, 1928, págs. 73 y sigs.

⁶⁵ *Simbolo*, I, XXVIII.

espíritus del sentido, la qual cosa también creo yo; pero en qué manera o cómo ellos se engendren, y en cuál dellos se haga más una operación que otra, pareceme locura poder pensar alcanzarlo”⁶⁶. Sólo saben uno y otro que proceden de la transformación de los espíritus vitales o, como diría Galeno, del *pneuma zotikón* contenido en las arterias de los plexos coroideos: “se engendran de los espíritus de vida”, escribe Fray Luis, copiando a Valverde; y luego, por su cuenta, explica por qué suelen ser flacos los hombres de vida espiritual muy intensa: “Porque como los espíritus vitales, como criados y inferiores, sirven de materia de que se forman los animales, y éstos se resuelven y gastan con el calor y el trabajo del ejercicio interior, queda muy depauperado el cuerpo de los espíritus vitales, que le dan calor y vida, y con esto se debilita y enflaquece, y así se crían en él flemas y superfluidades indigestas que causan esta flaqueza...”

De dos modos vió Galeno la producción del *pneuma psykhiakón*. Comenzó pensando, contra la opinión de Erasístrato y apoyado en el resultado de sus experimentos (ligadura de las carótidas, inhalación nasal violenta de líquidos irritantes), que el aire exterior penetra por la nariz en los ventrículos cerebrales y es en ellos directamente transformado en *pneuma psykhiakón*, sin pasar por la etapa intermedia del *pneuma zotikón*. Una consideración detenida del movimiento sanguíneo en los plexos coroideos le llevó más tarde a pensar que los espíritus animales proceden de los espíritus vitales contenidos en la sangre arterial de los plexos intraventriculares⁶⁷. Esta es la doctrina que prevalece históricamente, y a ella se atienen, poco antes de que pierda su validez, Valverde y Fray Luis de Granada.

No cree Fray Luis que pueda decirse gran cosa acerca de lo que son los espíritus animales. No se atreve sino a compararlos con rayos de luz: “si alguno quisiere entender cuáles son estos espíritus

⁶⁶ *Historia*, V, IV, fol. 80 v.

⁶⁷ Puede leerse una detenida exposición de las dos hipótesis de Galeno, con indicación pormenorizada de los textos originarios, en Meyer-Steineg, “Studien zur Physiologie des Galenos, II, Allgemeine Physiologie des Nervensystems”, *Archiv. f. Gesch. d. Medizin*, Bd. V, págs. 194 y sigs.

que tanto pueden, digo que son como unos rayos subtilísimos de luz, que corren por los poros destes niervos, y por medio dellos se distribuyen por todo el cuerpo. Para lo cual se trae por argumento, que si nos dan con un palo en la cabeza, en el cual los niervos della se comprimen y aprietán, solemos decir, que se nos saltó la lumbre de los ojos; la cual no es otra cosa que estos mismos espíritus, que como sean subtilísimos saltan a fuera por esta parte más delicada y transparente de nuestros ojos". Esta experiencia y la conclusión que de ella se deduce—galénica también, porque Galeno fué el primero en comparar con el curso de los rayos solares la transmisión del impulso nervioso—son interpretadas por Fray Luis según la doctrina del microcosmos: "los sesos, que son la más alta parte de nuestro cuerpo y como el cielo deste mundo menor, son causa, mediante los rayos desta luz, de todos los movimientos y sentidos de nuestro cuerpo" ⁶⁸.

Distingue Fray Luis, en fin, entre los "espíritus" del movimiento voluntario y los de la sensibilidad: "destos espíritus, unos son para dar movimiento a los miembros, y otros para dar sentido. Para lo cual proveyó el Criador los caminos por donde corriesen y se distribuyesen por todo el cuerpo, que son dos diferencias de niervos; unos para que lleven los espíritus que causan el movimiento, y otros los que dan el sentido. La cual diferencia se ve claro en algunos paralíticos, que por tener entupidos los niervos que son causa del movimiento, no pueden mover la parte del cuerpo que está paralizada; y con todo eso sienten si los tocáis y punzáis, por no estar cerrados los niervos que causan el sentimiento". Galeno admite y demuestra la existencia de dos especies de nervios, los sensitivos o blandos y los motores o duros, però no cree distintos los "espíritus" que van por unos y otros: en la sensibilidad y en el movimiento serían diferentes el nervio y el órgano terminal, no el *pneuma* que pone en acto las potencias sensible y motora. Fray Luis, en cambio, parece exigir una diferencia entre los espíritus del movimiento y los del sentido.

Sêa de ello lo que se quiera, recoge la distinción de Galeno entre

⁶⁸ *Simbolo*, I, XXVIII.

las dos especies de nervios y la proyecta sobre un texto de Cicerón alusivo a la doctrina erásistrática de la *triplokía* vascular: “Es cosa de que mucho se espanta Tulio en el ségundo libro de la naturaleza de los Dioses, maravillándose de la sabiduría y artificio del Hacedor: el cual sembró todo el cuerpo de tantas diferencias de vías y canales ramificadas por todas las partes dél, como son las venas que llevan la sangre, y las arterias que llevan los espíritus de la vida, y un género de niervos que causan el movimiento, y otros que son causa del sentido.” La *triplokía* de Erasistrato es así convertida en una *tetraplokía* ⁶⁹.

No queda ya sino exponer y comentar sinópticamente cómo describió Fray Luis los órganos de los sentidos “exteriores”, como dice él, siguiendo la terminología de las escuelas, para distinguirlos de los llamados “sentidos interiores”. Y, en primer lugar, el de la vista.

Hace Fray Luis una mención de los nervios ópticos. “de aquella parte delantera de nuestros sesos (donde dijimos que estaba el sentido común) nacen dos nervios, uno por un lado, y otro por otro, por los cuales descenden hasta los ojos aquellos espíritus que llamamos animales, y éstos les dan virtud para ver...”. Menos ciertas son y menos fundadas en la lectura las noticias acerca de la anatomía del ojo.

El ojo es el órgano más admirable del cuerpo humano: “todos los anatomistas—escribió Fray Luis, al hablar de los ojos de las hormigas—confiesan que en toda la fábrica del cuerpo humano no hay obra más prima, ni más sutil, ni más admirable que la composición de los ojos”; “de la fábrica destes ojos se escriben cosas tan delicadas y admirables, que yo no las alcanzo y menos las

⁶⁹ Dice el texto de Cicerón: *Huc adde nervos a quibus artus continentur, eorumque implicationem corpore pertinentem qui sicut venae et arteriae a corde tractae et projectae in corpus omne ducuntur* (de nat. deor., II, 55). Alude Cicerón muy visiblemente a la *triplokía ton angeion*, de Erasistrato, cuyo concepto del *neuron* es, como se sabe, muy equívoco. Fray Luis glosa el texto de Cicerón proyectando sobre él las precisiones anatomofisiológicas de Galeno, con lo cual la *triplokía* pasa a ser *tetraplokía*. “Está todo nuestro cuerpo entretejido y lleno—dice en otro lugar—no de una, sino de cuatro maneras de redes, como adelante declararemos.” (*Simbolo*, I, XXV.)

podré escribir”, repite luego, aludiendo expresamente a los del hombre. Prefiere, en consecuencia, atenerse a lo fundamental: “mas con callar cosas más sutiles, no dejaré de decir que en la composición del ojo entran tres diferencias de humores, los cuales se dividen entre sí con tres telas delicadísimas. Y al primero destes llaman cristalino, por ser sólido y transparente, como es el cristal. Y después deste sigue otro humor rojo, que es abrigo y término del cristalino, y tras deste sigue otro azul. Y este color sirve para que por virtud dél se recojan y fortifiquen en la pupila del ojo aquellas especies y imágenes que dijimos, la cual se ofendería con la mucha claridad, como se ofende cuando miramos el sol”.

Si Homero dormitaba alguna vez, ¿por qué no ha de hacerlo el buen Fray Luis de Granada? Ante su Galeno y su Valverde, Fray Luis, viejo ya y muy privado de visión, ha sido vencido por la fatiga. Sólo así se entiende que haya puesto el cristalino en el lugar del humor vítreo, claramente diferenciado ya por Galeno con el nombre de *hyaloeides hygrón* (*humor vitreus* de los latinos)⁷⁰, y que luego convierta en azul al cristalino, confundiéndolo con la “túnica cerúlea” de Galeno (*ragoeides khiton*, túnica uveal o de color de uva), y haga rojo el humor acuoso. Los rasgos fundamentales de la anatomía del ojo están descritos con bastante precisión en *de usu partium*, y mejor aún en la *Historia* de Valverde, los dos libros de Anatomía más leídos por nuestro aficionado. Es un triste azar que el ojo, el órgano cuya contextura más asombra a Fray Luis y cuya función le deleita más, sea tan erróneamente descrito en la *Introducción del Símbolo de la Fe*. Seamos clementes con la fatiga del casi infatigable lector—anciano ya, semiciego—y repitamos sin sombra de ironía las palabras de Horacio: *quandoque bonus dormitat Homerus*.

Más ciertos son los sumarios datos de Fray Luis acerca del oído. “Deste sentido—dice—son causa dos niervos que proceden del sentido común, uno por una banda y otro por otra, los cuales llevan consigo los espíritus vitales que nos dan virtud para oír. Mas dentro de los oídos está una vejigueta que llaman miringa, llena de aire,

⁷⁰ *de usu partium*, X, 1.

que es como un atabalico, y llegando allí el sonido de la voz, o de cualquiera otra cosa, hiere este órgano, y con esto se causa el oír." Del mismo corte es la descripción del órgano olfatorio: "al cual descenden otros dos niervos que proceden de la misma fuente del sentido común y llegan a las narices; las cuales tienen dentro de sí dos pezones chiquitos de carne muy blanda y esponjosa envueltos en unas telas delicadas, adonde vienen a parar los niervos sobredichos, y llegando aquí el airè que trae las especies de las cosas olorosas se causa el olerlas". Esta descripción de los pólipos nasales ("dos pezones chiquitos de carne muy blanda y esponjosa") recuerda la que contiene el escrito pseudogalénico *Anatomia vivorum*, de donde tal vez la tomase Fray Luis. No es inverosímil, desde luego, que nuestro dominico conociese el texto de la *Anatomia vivorum*, puesto que no pocas ediciones renacentistas de Galeno la incluyen entre los escritos espurios del médico de Pérgamo.

Galeno, confundido por la apariencia redondeada del bulbo olfatorio, no cuenta entre los nervios craneales los que constituyen el primer par; no ve en ellos nervios en sentido estricto, sino prolongaciones homogéneas del encéfalo (*apophyseis tou enkephalou*, los llamó). Valverde, bajo el peso de la tradición galénica, describe todavía los nervios olfatorios como "dos salidas blancas, delgadas y tiernas, casi de la misma sustancia y figura que los demás nervios que nacen de los sesos, aunque algo más blandas y menos redondas". *Salida* es la palabra castellana con que Valverde traduce el término griego *apóphysis*. Pero cuando nuestro anatomista tiene que hacer un recuento estricto de los pares craneales—siete, según Galeno y Vesálio—no vacila en elevar su número a nueve: "empero si los miramos con más diligencia, más ayna podríamos dezir que son nueve, añadiendo un par que va al órgano del oler, que ellos no llaman nervio, porque no sale fuera del casco"¹¹. Fray Luis, ya se ve, recoge muy expresamente esta precisión de Valverde.

La nariz sirve, según Fray Luis, para guarda del olfato y hermosura del rostro; "porque—añade—¿qué parecería un hombre sin

¹¹ *Historia*, V, II, fol. 99 r.

¹² *Novísimo glosario*, "El aire de familia".

narices?" Ha escrito Eugenio d'Ors que apenas se presenta en un texto la palabra "nariz", asoma un vaho de comicidad, así como de lubricidad, cuando se presenta la palabra "boca" ⁷². La observación es muy certera cuando se la refiere a hombres que han perdido la ingenuidad, como casi todos los que hoy vivimos y leemos. Falla, no obstante, si se trata de almas capaces de contemplar el mundo con sencillez y admiración verdaderas. La de Fray Luis de Granada es una de ellas. La nariz humana es ante sus ojos, muy sincera y limpiamente, una criatura de Dios que cumple a maravilla el fin a que por el Creador fué diputada. De ahí la transparente, la alegre gravedad con que nuestro antropólogo considera su figura y su utilidad.

Tan somera como la del órgano olfatorio es la mención que Fray Luis hace del gustativo: "la causa deste sentido son dos nervos que están en medio de la lengua y se ramifican y extienden por toda ella; la cual proveyó el Criador que fuese húmeda, y llena de poros, y vácía de todo género de sabores" ⁷³. No es más extensa la descripción anatómica y fisiológica del sentido del tacto: "Este sentido no tiene lugar señalado en nuestro cuerpo donde esté situado; porque está extendido por todo él, por ser así necesario para que el animal sienta lo dañoso y lo provechoso, y así huya lo uno y procure lo otro. Y la causa deste sentimiento es otro linaje de nervos que se derraman por todo el cuerpo y son causa del sentido." Con lo cual queda expuesto y comentado todo cuanto Fray Luis dice sobre la anatomía de la vida animal y sensitiva.

EMBRIOLOGIA

Fray Luis de Granada se maravilla religiosamente contemplando el mundo y quiere que sus lectores se sientan movidos a la misma cristiana devoción. Esta intención edificante es también la que le induce a exponer para el gran público alguno de los conocimientos embriológicos que su lectura y su observación le enseñaron: "¿Cuán

⁷² Símbolo, I, XXX. Cf. Galeno: *de usu partium*, XI, 11.

admirable cosa es—dice—, que una pepita tan pequeña de una naranja tenga dentro de sí virtud para que della nazca un árbol tan hermoso como es un naranjo, tan oloroso cuando está florido, y tan vistoso cuando está cargado de fruto?" ⁷⁴. Más admirable es, sin embargo, el prodigio de la generación con los animales. Fray Luis lo expone partiendo de una experiencia muy trivial: "Vemos en los huevos que cada día comemos, una brizna blanca pegada en la yema y clara del huevo. Pues en esta brizna tan pequeña está la virtud formativa del pollo que nace del huevo... Y si miramos el huevo de una paloma, esa brizna es tanto menor que la otra, cuanto lo es su huevo menor que el de gallina. Y si pasamos al de una golondrina, vendrá a ser tan pequeña como una cabeza de alfiler. Pues en esa tan pequeña brizna puso el Criador virtud para fabricar dese ovo un cuerpo de un pajarillo, el cual con ser tan pequeño tiene toda aquella fábrica y jarcia de miembros, y órganos, y sentidos que arriba pusimos en el cuerpo humano, con su estómago, hígado, bazo, bofes, tripas, venas, niervos, arterias, y con un corazón en quien caben pasiones de tristeza, miedo y ira, y imaginación y sentido en parte espiritual; porque levantando los ojos al gávilán, conoce que es su enemigo y ha miedo dél."

Fray Luis, buen aristotélico, confiesa la epigénesis. En la "brizna blanca" del huevo hay una "virtud formativa" de los futuros órganos y no un minúsculo diseño de los mismos ⁷⁵. "¿Quién había de ser tan poderoso—dice en otro lugar—para producir de una materia tan simple, tanta muchedumbre de cosas tan diversas, sino sólo aquel potentísimo y sapientísimo Hacedor?" ⁷⁶. El apoyo de estas reflexiones cristianas sobre la embriología de Aristóteles no puede ser más evidente: la "brizna blanca" (cicatricula o disco germinativo, según nuestra terminología) es para Fray Luis "la causa eficiente de toda la fábrica", y el resto del huevo la materia de la embriogénesis. Esa causa eficiente segunda tiene detrás de sí, como

⁷⁴ *Símbolo*, I, XXXVIII, § 7.

⁷⁵ Acerca de la idea tomista de la *virtus formativa*, véase el trabajo "¿Cuándo se une el alma al cuerpo?", del P. Manuel Barbado, O. P., *Revista de Filosofía*, II, 4, págs. 52-59.

⁷⁶ *Símbolo*, I, III, § 7.

causa primera, la omnipotencia del Creador, patentizada a los ojos del hombre por la maravilla del desarrollo embriológico. Y si esto puede y debe ser dicho de un huevo de pájaro, con más razón cabrá proclamarlo cuando se trata del hombre. “¿Quién pudo dentro de las entrañas de una mujer—exclama Fray Luis, en el comienzo mismo de su discurso anatómico—, sin poner ella nada de su industria, fabricar una casa para el ánima con tantas cámaras y recámaras, con tantas salas y retretes, y con tantas oficinas y oficiales, sino Dios?” ⁷⁷.

Sería necio buscar descripciones embriológicas pormenorizadas en las páginas de la *Introducción del Símbolo de la Fe*. Es mencionado en ellas el cordón umbilical: “Antes del parto se mantienen los hijos de los animales en los vientres de las madres por la tripilla del ombligo, como los hombres, y no les falta instrumento para cortarla en pariendo” ⁷⁸. Alúdese también al problema embriológico y teológico de la animación humana, resuelto, muy tajantemente, en el sentido de la “animación retardada”: “Dios por sí mismo—son sus palabras—cra las ánimas y las infunde en los cuerpos después de organizados en las entrañas de sus madres. Y tiénese que el cuerpo del varón a los cuarenta días después de su concepción es organizado, y el de la mujer a los sesenta. Y en el punto que esta fábrica se acaba (que es como edificar la casa con sus oficinas para aposento del ánima), en ése punto y momento es ella por Dios criada y infundida en el cuerpo” ⁷⁹.

Sostiene Fray Luis la tesis tradicional en su Orden, la tesis escolástica. Había dicho Santo Tomás, directamente apoyado en Aristóteles: “*Cum anima uniatur corpori ut forma, non unitur nisi corpori cuius est actus. Est autem anima actus corporis organici (de an., II, c. 1). Non est igitur ante organizationem corporis*” (*Contra Gentiles, I, II, c. 89*). El alma no se une al cuerpo sino cuando éste se halla “organizado”. ¿Cuándo se ha cumplido en el embrión humano ésa necesaria organización? De nuevo es Aristóteles—ahora

⁷⁷ *Símbolo*, I, XXIII, § único.

⁷⁸ *Símbolo*, I, XVIII, § 2.

⁷⁹ *Símbolo*, I, XXXVIII, § 8.

el Aristóteles naturalista, no el metafísico—quien proporciona los datos necesarios para resolver la cuestión; los fetos varones tienen miembros distintamente visibles a los cuarenta días, las hembras a los tres meses (*de anim. historia* 583 a 28). En consecuencia, esos serán los plazos de las respectivas animaciones. Fray Luis de Granada es fiel a Santo Tomás y Aristóteles; aunque, más clemente que el griego para con los embriones femeninos, rebaje a dos meses el tiempo de su organización embrionaria ⁸⁰.

La consideración del desarrollo embriológico del hombre sirve a Fray Luis para descubrir y admirar una vez más la sabiduría y la providencia del Creador de tantos prodigios. Sirvele también para demostrar que la mente humana puede admitir sin repugnancia intelectual el dogma de la resurrección de la carne: “esta maravilla nos declara, que podrá resucitar un cuerpo de las cenizas que quedaron dél, quien pudo dar virtud a tan pequeña materia para tan grande fábrica”. La fe cristiana de Fray Luis de Granada no se contenta con afirmar que la naturaleza es un supuesto de la gracia; la ve, además, como la luz que a los ojos del hombre hace verosímiles las verdades tocantes a su salvación.

ONOMASTICA ANATOMICA

Vale la pena dedicar unas palabras al lenguaje anatómico de Fray Luis de Granada. Fray Luis escribe en romance castellano y en romance va nombrando las regiones y los órganos de la anatomía humana. Si hay un momento en que se puede decir que nuestro idioma está ya hecho, escribía hace poco *Azorin*, ese momento es el señalado por la obra de Fray Luis de Granada. Y si esto es así, ¿en qué medida ha contribuido Fray Luis a la creación de una nomenclatura anatómica castellana?

Montaña de Monserrate, Valverde y Fray Luis de Granada son, en mi opinión, los creadores de nuestro léxico anatómico cas-

⁸⁰ Sobre el problema embriológico y psicológico de la animación, véase el trabajo del P. M. Barbado, O. P., mencionado más arriba.

tizo ⁸¹. Dice Montaña en la dedicatoria de su *Libro de la anothomia del hombre*, que se holgaba de escribirlo en romance, "porque muchos cirujanos y otros hombres discretos que no saben latín, se querrán aprovechar de leerlo: y también porque hallo, que en este tiempo los médicos están tan aficionados al latín, que todo su pensamiento emplean en la lengua: y lo que haze al caso, que es la doctrina, no tienen más pensamiento dello que si no la leyessen". También Valverde prefirió el romance al latín: "parecíame cosa muy conveniente—dixé en la dedicatoria de su *Historia de la composición del cuerpo humano*—escriuir esta historia en nuestra lengua: porque aquellos para quien yo la escriuo pudiesen mejor gozar de mi fatiga: y porqué en latín an escrito tan largamente tantos, que no me parecía ser necessario nuevo trabajo". Disuadíanle de hacerlo "las pocas cosas de doctrina que en esta lengua (la nuestra) ay escritas: y juntamente la poca autoridad que entre Españoles las cosas de Romance tienen"; "no se me açauan los braços a hacerlo", dice expresivamente Valverde. Y no se le hubiesen alzado a escribir su *Historia*, si no le moviera a ello el mandato de Fray Juan de Toledo, Cardenal Arzobispo de Santiago, y la honrada consideración de lo que "a nuestra nación más necessario era". Montaña de Monserrate y Valverde de Hamusco son, en consecuencia, los dos antecedentes más inmediatos del empeño de Fray Luis.

Doble es la tarea de todos ellos: por una parte, elevar a la condición de términos técnicos una ingente cantidad de vocablos exclusivamente usados hasta entonces en el habla vulgar; por otra, acomodar al romance, mediante un neologismo más o menos elaborado, los nombres anatómicos griegos, latinos y arábigos usados en el lenguaje "culto". No contando a Lobera de Avila, por la razón expuesta en la nota precedente, es Montaña de Monserrate quien inicia la empresa y Valverde el que cumple la parte más ardua y principal de ella. Fray Luis de Granada, lector asiduo y transcriptor de Valverde, toma de éste los nombres técnicos que

⁸¹ No cuento a Lobera de Avila por el puro carácter de divulgación que tiene el *Sueño anatómico* antes mencionado.

requieren sus propias descripciones, los modifica a veces y añade alguno nuevo. La tabla subsiguiente—limitada, por supuesto, a los términos anatómicos que aparecen en la obra de Fray Luis—expresa con claridad el curso y el resultado de este pequeño problema lingüístico. He preferido seguir en ella el esquema descriptivo del propio Fray Luis de Granada.

I.—CONCEPTOS GENERALES

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Contextura general	Fábrica	Fábrica	Fábrica.
¿Región anatómica?	Parte	Parte	Parte.
¿Formación anatómica?	Miembro	Miembro	Miembro.
Organo vital	Miembro principal.	Miembro principal.	Miembro principal.
Humor	Humor	Humor	Humor.
Sangre	Sangre	Sangre	Sangre.
Bilis amarilla	Bilis amarilla o cólera	Bilis amarilla o cólera	Cólera.
Bilis negra	Bilis negra o melancolía	Bilis negra o melancolía	Melancolía.
Flema o pituita ...	Flema o pituita ...	Flema o pituita ...	Flema o pituita.
Excreta, productos de desecho	Superfluidad	Superfluidad	Superfluidad.
Función	Oficio	Oficio	Oficio.

II.—ESQUELETO Y REGIONES ANATOMICAS

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Esqueleto	No aparece mencionado	Armadura de los huesos. Scheleto.	Armazón del cuerpo.
Cabeza	Cabeza	Cabeza	Cabeza.
Cuello	Cuello	Cuello	Cuello.

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Tórax	Pecho	Pecho	Pecho o pechos.
Vientre	Vientre	Barriga	Vientre.
Lomos	Lomos	Lomos	Lomo.
Hueso	Hueso	Hueso	Hueso.
Caracteres descrip- tivos	Cosas que se han de declarar	No aparece este nombre	Scopo.
Cúbito y radio ...	Fociles (mayor y menor)	Cañillas del brazo (mayor y menor).	Cañas de los bra- zos.
Tibia y peroné ...	Fociles (mayor y menor)	Cañillas de la pier- na (mayor y menor)	Cañas de las pier- nas.
Mano	Mano	Mano	Mano.
Pie	Pie	Pie	Pie.
Costillas	Costillas	Costillas	Costillas.
Columna vertebral, raquis	Espinazo	Espinazo	Espinazo.
Occipital	Hueso laude	Hueso del colo- drillo	Hueso del colo- drillo.
Agujero occipital...	Agujero de la es- pina	Agujero mayor del hueso del colo- drillo	Agujero mayor del hueso del colo- drillo.
Sacro	Hueso sacro	Hueso grande o sacro	Hueso grande.
Cráneo	Cráneo	Casco o calaverna.	Casco.
Articulación	Juntura	Juntura	Encajadura, jun- tura.
Articulación digi- tal	Junturas de los dedos	Artejo	Artículo.
Ligamento	Ligamento	Atadura	Atadura, ligamento.
Cartilago	Ternilla o carti- lagen	Ternilla	Ternilla.
Membrana	Paniculo, tela	Tela	Tela.

III.—COBERTURA DEL ESQUELETO

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Partes blandas	Carne (verdadera y confusa)	Carne	Carne.
Músculo	Músculo	Morzillo	Morecillo.
Tendón	Cuerda	Cuerda	Cuerda.
Penículo adiposo, tejido celular subcutáneo	Gordura (lardo y sebo o enjundia).	Gordura.....	Gordura.
Dermis	Cuero interior o verdadero	Pellejo	Pellejo.
Epidermis.....	Cuero exterior.....	Pellejuelo	Pellejuelo.
Piel, tegumento ...	Cuero	Piel	Piel.
Cuero cabelludo...	Cuero de la cabeza.	Cuero de la cabeza.	Cuero cabelludo.
Pantorrilla	Pantorrilla	Pantorrilla	Barriguillas de las piernas.

IV.—ORGANOS DE LA VIDA VEGETATIVA

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Boca	Boca	Boca	Boca.
Dientes	Dientes	Dientes	Dientes.
Incisivos	No son designados con un nombre especial	Dientes cortadores.	Diente delantero.
Caninos	No son designados con un nombre especial	Colmillo o diente canino	Colmillo.
Muelas	No son designadas con un nombre especial	Muela	Muela.
Encías	Encías	No son descritas..	Encías.
Lengua	Lengua	Lengua	Lengua.
Paladar	Paladar	Paladar	Paladar.
Esófago	Tragadero, ysófago	Tragadero	Garguero o coladero.

<u>Nombre actual</u>	<u>M. de Monserrate</u>	<u>Valverde</u>	<u>Fr. Luis de Granada</u>
Estómago	Estómago	Estómago	Estómago.
Intestino	Intestino	Tripas	Tripas o intestinos.
Intestino delgado...	Intestinos gráciles.	Tripas delgadas...	Tripas delgadas.
Hígado	Hígado	Hígado	Hígado.
Vena porta	Vena porta	Vena porta	Vena porta.
Vesícula biliar	Hiel, vaso de la cólera	Vejiga de la hiel.	Vejiguilla de la hiel.
Peritoneo	Cifac	Peritoneo	Tela de las tripas.
Año	No es mencionado.	Sieso	Desaguadero.
Bazo		Bazo	Bazo.
Riñón	Riñón	Riñón	Riñón.
Vena renal	Vena emulgente...	Vena chupadora...	Vena chupadora.
Vena cava	Vena cava	Vena grande o cava	Vena grande o cava.
Vejiga	Vexiga	Vexiga	Vejiga.
Uréteres	Poro urítide	Uréteras	Uréteras (venas uréteras).
Corazón	Corazón	Corazón	Corazón.
Ventrículos	Ventrículos del co- razón	Ventrezillos del corazón	Ventrículos, ven- trezillos o senos del corazón.
Tabique interven- tricular	No es designado con un nombre especial	Atajo del corazón.	Paredilla.
Vena	Vena	Vena	Vena.
Arteria	Arteria	Arteria	Arteria.
Pulmón	Pulmón o liviano.	Pulmón o liviano.	Pulmón o liviano.
Tráquea	Garguero, traque- arteria	Caña del pulmón.	Caña del pulmón.
Cartilago tiroides..	Cabeza del gargue- ro, nuez	Nuez o ñudo de la garganta	Nuez.
Epiglotis	Epiglotis o len- güeta	Cobertera del gaz- nate	Lengüeta.

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Uvula	Uvula o campanilla	Gallillo o campanilla	Gallillo o campanilla.
Vena pulmonar ...	Arteria venal	Arteria venal	Arteria venal.
Arteria pulmonar...	Vena arterial	Vena arterial	Vena arterial.
Aire espirado	Malos humos	No aparece el concepto	Fumosidad.

V.—ORGANOS DE LA VIDA SENSITIVA

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Nervios	Nervios	Nervios o niervos.	Nervios o niervos.
Encéfalo	Cerebro (mayor y pequeño)	Cerebro (sesos, cerebelo)	Sesos o cerebro.
Medula espinal ...	Nuca	Tuétano del espinazo	Tuétano o médula del espinazo.
Ventriculos cerebrales	Ventriculos del cerebro	Ventrecillos de los sesos	Ventrecillos del cerebro.
Dura madre	Dura madre	Dura madre	Dura madre.
Pia madre	Pia madre	Pia madre	Pia madre.
Poligono de Willis.	No es mencionado.	Red admirable (niega su existencia en el hombre)	Red admirable.
Infundibulo	Embudo del cerebro	Embudo de los sesos	Embudo de los sesos.
Ojo	Ojo	Ojo	Ojo.
Párpado	Párpado	Párpado	Párpado.
Humor vítreo	Humor vítreo.....	Humor vítreo.....	Humor cristalino (por confusión).

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Nariz	Narices	Narices	Narices.
Pólipos nasales	Carnecillas de teta o carúnculos ma- milares	No son menciona- dos	Pezones de la na- riz.
Oreja	Oreja	Oreja	Oreja.
Timpano	Concavidad del hueso petroso ...	Concavidad del oído	Miringa.

VI.—EMBRIOLOGIA

Nombre actual	M. de Monserrate	Valverde	Fr. Luis de Granada
Disco germinativo, cicatricula	Lugar del espíritu genitivo	No aparece el con- cepto	Brizna blanca.
Cordón umbilical...	Ombliigo	Ombliigo	Tripilla del om- bliigo.

La escasa cantidad de los nombres anatómicos empleados por Fray Luis de Granada no permite estudiar a fondo ninguno de los problemas que plantea la nomenclatura anatómica del siglo XVI: la aparición de un componente ordinal en el nombre anatómico, la significación del neologismo, los diversos criterios usados en la invención y en la selección de nombre nuevo, etc. Aquí he de limitarme a lo único posible, esto es, a mostrar concisamente qué relación existe entre la nomenclatura anatómica de Fray Luis y las de Montaña de Monserrate y Valverde.

Montaña de Monserrate acaba de abandonar el regazo que los idiomas clásicos concedían hasta entonces al pensamiento del docto. Conoce, por supuesto, la obra escrita de los maestros tradicionales y no quiere que nadie le arguya ignorarles: "Podría ser que alguno que leyere este capítulo—dice en el que trata de la embriología

humana—se maraville de mí como no parece que sigo en él la sentencia de Ypocrates, ni de Aristotiles, ni de Galieno, ni menos de Auicena, acerca de la generación del hombre...: no quiero que nadie me tenga por tan descuydado que no haya visto lo que cada uno dellos dize...” Pero, habiéndolos leído, prefiere holgarse de escribir su libro en romance, y no ser de aquellos que emplean todo su pensamiento en la lengua (el latín) y no en la doctrina. Quiere poner en prosa castellana, al alcance de todo médico, sea gramático o romancista, la anatomía que necesita para la práctica de su oficio, sin meterse en “secretos y primores de la naturaleza”; y así, cuando llegue a exponer la configuración de los ventrículos cerebrales, dirá, cauta y castizamente: “Son cosas de muy gran primor, más porque no traen provecho ninguno al médico, ni menos al cirujano, por esto passamos sobrellas como gato sobre brasas.”

Sí, ese es el propósito y esa la obra del buen Montaña de Monserrate. Pero, como he dicho, acaba de abandonar el regazo de los viejos infolios y no sabe volar por el aire nuevo del romance sino con las plumas que ellos le prestan. De ahí las dos notas que caracterizan el lenguaje anatómico de Montaña: la pobreza de su cantidad y el aire “culto”, libresco, del nombre usado. Su intención práctica le obliga a pasar sobre muchas cuestiones “como gato sobre brasas” y hace muy escaso su elenco de voces anatómicas; su timidez de romancista principiante le impide casi siempre ir más allá de adaptar modestamente al castellano los términos latinos, griegos o arábigos. Así, las vértebras son llamadas “espóndiles”, a la griega; músculos y ligamentos reciben estos mismos nombres, directamente venidos del latín, y conservan el nombre latino de “fociles” los huesos del antebrazo y de la pierna; el peritoneo es todavía “cifac”, según la tradición arábica, *et sic alia*.

Valverde es otra cosa. Su libro, sólo cinco años posterior al de Montaña, es tan diferente de él como una Geografía publicada en 1500 pudiera serlo de otra editada en 1490. Son nuevos el método y la intención; es nueva una copiosa muchedumbre de conocimientos anatómicos concretos. Y, por supuesto, el lenguaje. La *Historia* de Valverde aparece a nuestros ojos como un torrente de novedad y casticismo. Es literalmente pasmoso el audaz desenfado

con que nuestro romancista convierte en nombres técnicos los vocablos más vulgares de la lengua vulgar y se enfrenta con las opiniones más acreditadas. En orden a la doctrina son patentes la influencia de Vesalio—"el qual sin duda ninguna a sobrepujado a todos sus antepasados en esta cosa", dice honradamente Valverde—y el espíritu renacentista: "me suelo yo reyr mucho", "mueve a risa", "yo hasta agora no e visto", son expresiones frecuentes en Valverde cuando comenta errores u opiniones de los médicos antiguos y de los letrados de su época. En lo tocante al lenguaje, la *Historia* de Valverde es un testimonio elocuente del vigor con que los españoles manejan su romance mientras los Tercios se imponen militarmente en Italia y en Flandes. Habla "a lo moderno", y por su gusto—si no escribiese un libro de ciencia, lo cual siempre impone gravedad—diría lo que el barbero romancista al sacristán gramático de *La cueva de Salamanca*: "Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato." En efecto: donde Montaña dice "intestino recto" dirá Valverde, con atroz vulgarismo, "tripa del cagalar"; los "espóndiles" se convertirán en "ñudos del espinazo" y el "mediastino" en "atajo del pecho"; los "intestinos gráciles" se harán "tripas delgadas", el "duodeno" "tripa dozena" y la "epiglotis", "cobterera del gatzate". Así todos los nombres, hállese o no en Montaña de Monserrate: el ano es llamado "sieso" en el libro de Valverde—como hoy en los medios más tabernarios de la Andalucía baja—; las eminencias redondeadas de los huesos (cóndilos), "tolondrones"; los ovarios, "compañones de la mujer"; el occipital, "hueso del colodrillo", y con igual estilo son nombradas tantas otras realidades anatómicas. Fray Luis de León habla en *Los Nombres de Cristo* de algunos romanceadores, para los cuales "hablar en romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común sino negocio de particular juycio, así en lo que se dize, como en la manera como se dize; y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que le conuienen y mira el sonido dellas y aun cuenta a veces las letras y las pesa y las mide y las compone, para que, no solamente digan con claridad lo que se pretende dezir, sino también con armonia y dulçura". No es tan exigente nuestro anatomista,

tan atento a lo que dice como descuidado respecto a la "armonía y dulzura" de la manera como lo dice. Valverde—recurriré a una ingeniosa expresión de d'Ors—escribe su Anatomía vistiendo la piel de Viriato.

¿Qué hará nuestro docto aficionado a la Anatomía? Fray Luis de Granada sigue las huellas de Valverde; tanto las sigue, que en ocasiones copia de él sin indicar la fuente. Fray Luis es romancista, uno de los grandes creadores de nuestro romance castellano, un "clásico" del idioma. ¿Aceptaré el dulce, el elegante, el clásico Fray Luis los détonantes vulgarismos de Valverde? Una vez se ve obligado a mencionar un ave que, según el decir de la gente, se alimenta de excrementos, y escribe: "el nombre destas aves no pongo aquí, porque es conforme al manjar de que se alimentan". Copia de Valverde su descripción de la gordura humana, y cuando el castizo anatomista dice que está situada bajo el pellejo "ni más ni menos que en los Puercos", escribirá Fray Luis que la gordura se ve "no sólo en algunos animales en que abunda, sino también en el cuerpo humano". No; Fray Luis no puede caer en los extremos del osado anatomista castellano.

Son suficientes los escasos nombres anatómicos que aparecen en la *Introducción del Símbolo de la Fe* para advertir cuál es a este respecto la personal actitud de su autor. El léxico anatómico de Fray Luis es, por supuesto, fiel al romance: dirá "cañas de los brazos" en lugar de "fociles", "gallillo" o "campanilla" por "úvula", "lengüeta" por "epiglotis". Su buen gusto literario y su formación a pechos de los clásicos y de escritores en latín le moverán, sin embargo, a dulcificar o culteranizar las expresiones de Valverde que malsuenan a sus oídos: no dirá "barriga", sino "vientre"; convertirá en "morecillo" el vulgar "morzillo"; llamará "artículo" al "artejo", y "miringa" al hueco del oído; sustituirá el nombre de "atadura" por el de "ligamento", ya usado por Montaña de Monserrate; mudará en "paredilla" la expresión "atajo del corazón", y en "lengüeta" lo de "cobertera del gáznate"; no empleará, en fin, la palabra "sieso", aunque hable de la formación anatómica a que se refiere.

Nunca deja de aparecer en la prosa de Fray Luis el hombre

avezado a monologar ante el pueblo; su palabra es hablada, aunque para llegar desde su boca al oído del lector se haya visto obligada a reflejarse, como luz en espejo, sobre la superficie de una página impresa. De ahí el visible gozo y el cariño entrañable con que da expresión popular a lo que su mente concibe o sus ojos contemplan, como cuando llama "barriguillas de las piernas" a las pantorrillas y "tripilla del ombligo" al cordón umbilical. Pero su delicadeza nativa y su bien cultivado discernimiento estético le impiden caer en el vulgarismo y mucho más en la grosería. Tal es la clave de su terminología anatómica, a un tiempo elegante y popular, clásica y castiza: si Valverde compuso su *Historia* vistiendo la pelliza de Viriato, Fray Luis escribe su parva *Anatomía* luego de haber ceñido la toga de Séneca ⁸¹ *.

SENTIDO DEL SABER ANATOMICO

Dos suelen ser los móviles de quienes escriben libros de Anatomía: la utilidad y la curiosidad de los demás. Es útil la Anatomía al médico práctico, porque, como decía Montaña de Monserrate, "el artífice que trata de tener y conservar en orden y en razón alguna obra, y también de ponerla en concierto cuando por alguna causa se desconcierta, conviene que conozca muy bien todas las partes de que está hecha la obra y la compostura que tiene cada parte". Sirve el escrito anatómico, por otro lado, a la curiosidad intelectual, al puro afán de saber de todos los hombres que se deleitan conociendo los "primores y secretos de la naturaleza".

⁸¹ * Como se sabe, el maestro Menéndez Pidal ha dedicado dos preciosos estudios ("El lenguaje del siglo XVI" y "El estilo de Santa Teresa", recogidos en el tomito de la "Colección Austral" que lleva por título *La lengua de Cristóbal Colón*) a la historia del castellano en el siglo XVI. Distingue en ella cuatro periodos: la época de Nebrija y los periodos de Garcilaso, de los grandes místicos y de Cervantes y Lope de Vega. Creo que tanto por la cronología como por el estilo, la nomenclatura anatómica de Valverde y Fray Luis de Granada corresponde al tercer periodo, el de "los grandes místicos" (1555 a 1585). No entro en más pormenores acerca del tema, que está siendo ampliamente estudiado por mi discípulo Carlos del Valle-Inclán en su tesis doctoral.

Muy otro es el propósito de Fray Luis de Granada. No pretende que sus elementales descripciones anatómicas sean útiles al médico ni que satisfagan la curiosidad intelectual del menesteroso de saber. Más modesta—o más ambiciosamente, no sé—aspira a despertar en sus lectores dos sentimientos sucesivos: el asombro, primero; luego, la devoción.

Deben llenarse de asombro los hombres ante la composición de su propio cuerpo, si consideran el buen orden con que en él se juntan la utilidad y la hermosura: “como lo vemos—dice Fray Luis, a guisa de ejemplo—en el rostro del hombre, esto es, en el sitio y asiento de la boca, de las narices, de los oídos, de los ojos y de las cejas y sobrecejas que los acompañan, lo cual todo no menos sirve para la hermosura del rostro que para la buena ejecución del oficio de cada una destas partes”⁸². Y puesto que nada está hecho en la naturaleza al acaso, como sostuvo “aquel bestial filósofo Epicuro”, sino por un Creador providente, el asombro ante el cuerpo humano debe trocarse en veneración religiosa de su Creador, en devoción cristiana: “en este mundo menor, que es el hombre, y particularmente en la casa dél, que es el cuerpo, no hay cosa tan menuda, no hay vena, ni arteria, ni huesecico tan pequeño que no esté a voces predicando el primor y artificio de quien lo fabricó”, afirma nuestro piadoso anatomizante.

Mucho más que el resto de las criaturas visibles, el cuerpo humano es un “libro de Dios”. Así lo ven el devoto Galeno, Vesalio y Valverde, cuya ruda prosa está constelada de alusiones al divino Hacedor; más aún lo ha de ver así Fray Luis de Granada: “dicen muy bien los estudiosos desta sciencia de la anatomía—escribe—, que ella nos es una certísima guía y maestra para llevarnos al conocimiento de nuestro Hacedor, y de aquellas tan principales perfecciones tuyas que aquí andamos rastreando por medio de sus criaturas. Por lo cual llaman muchos a esta sciencia, y a la misma fábrica de nuestro cuerpo, libro de Dios”⁸³. Tanto lo cree, que este buen religioso llega hasta sentir envidia de los anatomistas,

⁸² *Símbolo*, I, XXXV.

⁸³ *Símbolo*, I, XXIII, § único.

contempladores habituales de tan innumerables portentos: "tengo en parte por dichosos—confiesa una vez—aquellos que se han dado a esta parte de filosofía que trata de la composición de nuestros cuerpos; porque si quieren levantar un poco los ojos a Dios, y mirar en su hechura la sabiduría y omnipotencia del Hacedor, no podrán dejar de quedar mil veces pasmados de ver tantas subtilezas, y providencias, y maravillas" ⁸⁴.

El cuerpo del hombre, centro y suma perfección del universo visible, es la realidad material en que de modo más patente transparece la condición ostensiva del mundo; el saber anatómico es, en consecuencia, el más alto testimonio natural de Dios. Tal es el sentido de la breve Anatomía que contienen las páginas de la *Introducción del Símbolo de la Fe*.

NOTA.—Por dificultades de índole tipográfica, no es enteramente correcta la acentuación ortográfica de las palabras griegas contenidas en el texto precedente.

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. D. ENRIQUE FERNANDEZ SANZ

SEÑORES ACADÉMICOS:

ESTOS actos de refrendar o apadrinar, como suele decirse, el ingreso de nuevos Académicos, proporcionan motivos de íntima satisfacción a los ya veteranos; se trata siempre de compañeros muy queridos y admirados, con los que nos unen antiguos lazos de afecto, fraternales unas veces, casi paternas otras, y la vieja amistad se renueva, se refuerza y avalora en la solemnidad del ingreso. En repetidas ocasiones he disfrutado ya de estos goces espirituales, y en la presente de nuevo me complazco en ellos, con máxima fruición por tratarse de Pedro Laín Entralgo, con quien en estos últimos tiempos he vivido en estrecha comunicación intelectual. ¡Cómo olvidar los cuatro cursos durante los cuales colaboramos estrictamente unidos en el desempeño de la Cátedra de Historia de la Medicina, en la que puse yo el punto final, por mi jubilación a mi servicio docente! ¡Y cómo olvidar tampoco mi intervención en importantes actos de la carrera de Laín, como juez de su admirable tesis doctoral y de las oposiciones, en las que con tanta justicia como brillantez ganó la Cátedra en propiedad! ¡Y cómo no recordar siempre las tan gratas como instructivas lecturas de sus numerosas e importantes obras publicadas, de mérito cada vez creciente, prueba de que tanto su fecundidad como su talento aumentan siempre!

²⁴ *Símbolo*, I, XXIII, § único.

Esta nuestra desde hace varios años continuada intervivencia justifica que con verdadera ansia esperara yo el ingreso de Laín en esta Academia, por lo que con razón pudiera llamarle el Deseado como se llamó a un Monarca español, y esto lo deseaba yo, no sólo como su antiguo amigo y colaborador, sino también como Presidente de la Sección de Psiquiatría y Filosofía, pues sabía de sobra los copiosos y sazonados frutos que en las tareas de esa Sección había de dar la clara inteligencia de Laín.

Con lo dicho creo que basta para dar a entender que hoy es para mí un día de fiesta de primera clase, de gran gala y de magna solemnidad; pero esta misma placentera cenestesia crea en mí un estado emocional que me impedirá dar a mi contestación al magistral discurso que con tanto placer acabamos de oír, el tono sereno y la rígida pauta acostumbrada en estas ceremonias; mi respuesta, conforme con mi actual estado de ánimo, será esencialmente impresionista, íntegramente sentimental y subjetiva, más espontánea que lógica, más cordial que intelectual, más intuitiva que racional; pero lo que pierda en sistematización y método, espero que lo ganará en sinceridad y en viveza.

Es norma en estas ocasiones que el Académico encargado de la contestación hable del recipiendario y de su discurso, pero ¿cómo he de hablar de esta última obra de Laín, hasta ahora inédita, sin que a mi memoria acudan todas sus otras obras, cuya lectura tan provechosas enseñanzas y tan exquisitos placeres mentales me ha deparado? También me propuse en un principio hablar de Laín en sus tres aspectos de historiador, de filósofo y de literato, que me parecen ser las tres facetas principales de su talento, pero ¿cómo separar arbitrariamente unos de otros estos puntos de vista? La historia que escribe y enseña Laín es profundamente filosófica, está impregnada hasta saturación de filosofía, sin hipérbole se puede afirmar que la urdimbre del paño de sus escritos históricos está tejido con hilos filosóficos, ¿cómo entonces separar el hilo de su trama? Y todo ello está expresado en un estilo espléndido, de cuyo valor literario diré más adelanté algo que creo definitivo.

Con el anunciado criterio impresionista comenzaré, pues, por relatar lisa y llanamente las impresiones en mí sentidas al leer el

discurso sobre la Anatomía en la Obra de Fray Luis de Granada. Y da la casualidad, mejor será decir que fué designio de la Providencia, que nada más posar mis ojos en dicho escrito, en su primera plana y más aún en su renglón primero, encontré inspiración para casi todo lo que tengo que decir; en ese primer renglón llama Laín a *Azorín* evocador; indudablemente lo es, pero también lo es, y en más alto grado aún, el propio Laín. Ha dicho un autor, seguramente lo habrán dicho muchos, pero no recuerdo ahora si se sabe cuál fué el primero, que los libros no tienen sólo mérito por lo que en sí contienen, sino sobre todo por las sugerencias que despiertan en el lector, por su papel animador y estimulante del intelecto de quien los lee. Con sinceridad proclamo que Laín ha sido para mí un fecundo evocador, en relación con varias de mis modestas publicaciones de estos últimos tiempos (siempre han sido modestísimos mis escritos, pero los más recientes, los que pudiéramos llamar casi póstumos, son aún más mezquinos y menguados); el tema de uno de ellos, el titulado *Estampas de Médicos románticos*, me lo sugirió el magistral cursillo que sobre la medicina en la época romántica dió Laín hace cinco años; otras de mis últimas publicaciones, las dos comunicaciones sobre la *La Angustia Trascendental* que presenté a esta Real Academia en 1944 y que han sido publicadas en sus Anales y copiadas y resumidas en algunas revistas médicas, se inspiraron, en su parte filosófica, en algunos capítulos de la obra de Laín titulada *Medicina e Historia*, y en la parte de mi trabajo dedicada a su aspecto metafísico copio literalmente algunos de los más salientes párrafos del libro de Laín. Y como lo que me ha ocurrido a mí supongo que habrá acaecido también a escritores médicos y filósofos de más fuste que yo, aunque no todos tengan la franqueza de confesarlo, me parece legítimo calificar a Laín de evocador y sugeridor.

Otra impresión también de las primeras, pues procede de la misma plana inicial que la anterior, y de las más vivas y claras que experimenté al enfrentarme con el discurso que acabamos de oír, es la que se refiere al estilo en que éste se halla redactado, estilo que es el característico y genuino de Laín, el de todas sus obras, lo mismo cortas que largas; a esta calidad literaria del estilo

ya hice antes una breve alusión y ahora voy a explanarla. Comienza Laín su discurso con un bastante largo texto de *Azorín*, y por cierto de un *Azorín* de los mejores tiempos; a continuación sigue Laín discurrendo sobre el mismo tema por su propia cuenta; pues bien, el paso de la prosa de un autor a la del otro es para el lector, al menos lo ha sido para mí, insensible, inaparente, sin bache ni escalón, sin tropezón ni traspies; en cuanto a su mérito literario parecen equivalentes, o mejor dicho, la misma prosa la de *Azorín* y la de Laín, es la idéntica prosa, suave, leve, sutil, prosa que halaga el oído con rítmica cadencia y que cautiva el alma con su sencilla claridad encantadora, con su nítida diafanidad que, sin ofuscar, alumbra. Creo que es este el más cumplido a la par que justo elogio que del estilo de Laín puedé hacerse y la prueba más irrefutable de su enorme valor literario.

Estas son, pues, las dos óptimas y primordiales cualidades que me han impresionado desde el primer momento al leer el elocuente discurso de Laín; es su autor un evocador y sugeridor y un literato de estilo correcto, fino, depurado, ameno, elegante sin afectación, sencillo sin vulgaridad, denso sin pesadez, claro y a la vez profundo.

Estas dos capitales cualidades, acompañadas de la penetrante intención filosófica, habitual en todos los escritos del autor, y de una copiosa erudición, tan amplia como sólida, la mayoría de primera mano, y toda ella exacta y concienzudamente contrastada, campean hasta su fin y remate, a todo lo largo del perfecto estudio que Laín ha hecho de la Anatomía Humana en la Obra del excelso Dominico de Granada.

Después de todo lo dicho en términos generales sobre este discurso, y no sólo sobre él, sino sobre toda la obra de Laín, y sobre el autor mismo, no creo oportuno ni pertinente descender a detalles que inevitablemente alargarían más de lo debido esta sencilla contestación mía, y además fatalmente obligarían a repeticiones de conceptos que resultarían fastidiosas y aburridas, y restarían vigor y realce a la impresión de conjunto que del mejor modo que me ha sido posible he tratado de exponer en los párrafos precedentes. Yo sinceramente creo que esta exposición sintética y global es más

convinciente e interesante que una crítica detallista y minuciosa que fuera desmenuzando, capítulo por capítulo y hasta página por página, todos los pormenores de la disertación; además, el criterio de conjunto que he adoptado es con mucho el más breve, y esta es una gran ventaja, pues no hay que olvidar que el culto auditorio aquí presente que ha venido a oír a Laín y no a mí, seguramente me agradecerá que abrevie mi intervención.

Baste, pues, advertir, dentro siempre de la visión integral del Discurso, que en él trata Laín de especificar muy cuidadosamente el origen de los datos anatómicos que Fray Luis consigna en su obra, señalando como principales fuentes de los mismos las obras de Galeno y las de los anatómicos españoles contemporáneos del sabio dominico, a saber, Valverde y Montaña de Monserrate; además, que son propósitos fundamentales, y plenamente logrados, del monástico autor, demostrar la evidencia del designio providencial, divino, revelado en la estructura anatómica del hombre, y el de dotar de alma religiosa, el de *cristianizar* los hechos relatados y las interpretaciones propuestas por los sabios profanos y laicos; también es muy digna de elogio la presentación por Laín de un largo vocabulario comparado de la nomenclatura anatómica empleada por Fray Luis, por Valverde y por Montaña, en relación con los nombres clásicos latinos y griegos; el valor filológico de este vocabulario comparado se encomia por sí solo sin necesidad de insistir más en ello.

Réstame enumerar las principales etapas de la brillante carrera triunfal de Laín, que en muy pocos años, cuando aún se halla en la vertiente juvenil de la curva de su vida, le ha llevado con plena justicia al elevado puesto que en la jerarquía cultural ahora ocupa y le ha granjeado la esclarecida fama de que goza.

Nacido Laín en la entraña de Aragón, en los confines de la provincia de Teruel con la de Zaragoza, y en el seno de una familia oriunda de más al Norte, del Alto Aragón, posee la recia textura, tanto física como mental, característica de los naturales de esa tierra, que son vigorosos, enérgicos y dinámicos, como si la misma hosquedad, la misma aridez áspera del atormentado suelo, la propia rudeza y exagerada disparidad del clima ambiente les sirviera de

acicate para acrecer sus aptitudes reaccionales y les capacitara para la lucha y para el triunfo.

Lain estudió en Zaragoza y en Valencia las carreras de Medicina y de Ciencias químicas, licenciándose en ambas Facultades (en la de Ciencias con Premio extraordinario, en Valencia). Se doctoró después en Madrid, con nota de Sobresaliente por unanimidad. Fué alumno interno de la Cátedra de Medicina Legal y estudió Psiquiatría en Madrid con Sanchis Banús, y en Viena, donde fué pensionado, en la Clínica Universitaria de Pöztl. Participó en la lucha antipalúdica en la Mancomunidad Hidrográfica del Guadalquivir; fué por oposición médico del Manicomio Provincial de Valencia y realizó diversas actividades científicas y literarias al servicio de España durante diez años. Entre los premios obtenidos en su brillante carrera universitaria figuran, además del Premio extraordinario en la licenciatura de Ciencias químicas, ya mencionado, el Premio Roel del Instituto Médico Valenciano, otro Premio de dicho Instituto en conmemoración del centenario del mismo y un Premio de esta Real Academia de Medicina concedido a su tesis doctoral. Ya en plena actividad docente estuvo encargado de la Cátedra de Psicología Experimental de la Facultad de Ciencias de Madrid durante dos cursos, de 1939 a 1941; fué auxiliar de la Cátedra de Historia de la Medicina de Madrid desde 1941, y en 1943, después de brillantísimas oposiciones, por voto unánime del Tribunal, fué nombrado Catedrático en propiedad de esta asignatura, cargo que en la actualidad desempeña. En 1944 fué elegido, también por unanimidad, miembro numerario de esta Real Academia. Además desempeña, o ha desempeñado, los siguientes cargos: Director de la Sección de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales del Patronato Ramón y Cajal, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Director de la Editora Nacional, ex Director del Colegio Mayor Jiménez de Cisneros, de Madrid. Ha dado, en gran número, cursos y conferencias en muchas Universidades de España y en varias de Alemania (Berlín, Munich, Frankfurt, Bonn, Hamburgo).

Sus publicaciones son también numerosísimas, llegando su conjunto a una pluralidad de centenas; las hay de diferentes clases,

de varios tipos, caracteres y extensión, desde el menudo artículo periodístico, pasando por los ensayos de latitud diversa, hasta los voluminosos tomos en cuarto, de varios centenares de páginas.

La lista de las obras de Laín es demasiado larga para que se pueda insertar aquí; es de desear que se publique entera y detallada, como apéndice o anejo de estos discursos leídos hoy, pues será de mucho interés como guía para ulteriores investigaciones bibliográficas. Refiriéndome tan sólo a las obras grandes y teniendo en cuenta no sólo su extensión, sino también, y por encima de todo, su importancia y trascendencia, me parecen dignas de especial mención su monumental tesis doctoral sobre *El problema de las relaciones entre Medicina e Historia*, en el que se consignan, íntimamente injertados unos en otros, interesantes temas de Historia, Medicina, Psicología y Metafísica, así como la titulada *Medicina e Historia*; la que tiene por objeto el estudio de los conceptos de generación y generaciones; la dedicada a la generación del 98, que es una aplicación a casos concretos de lo expuesto en la anteriormente citada; también es muy notable la que trata de *Menéndez Pelayo y sus problemas intelectuales*. La obra sobre la generación del 98, última, por ahora, de las publicadas por su fecundo autor, ha tenido un éxito resonante de público y crítica y constituye la definitiva consagración de Laín como historiador, filósofo y literato.

Asíduo lector yo de todas las obras de Laín, me pondrían en un grave aprieto si me obligaran a ordenarlas según sus respectivos méritos, pues todas me parecen excelentes y dignas de ser leídas y meditadas; sin embargo, aquilatando mucho y atendiendo sobre todo al interés que en mí despiertan, puedo decir que me placen más intensamente las llamadas *Medicina e Historia* y *La Generación del 98*. Esta última, sobre todo, me parece la más y mejor lograda de todas.

Prometí contestar a Laín de modo impresionista, subjetivo y sentimental, y también sintéticamente, prescindiendo del análisis detallado de cada uno de los múltiples y heterogéneos conceptos que en su trabajo existen, todos ellos muy interesantes y dignos de ser considerados detenidamente, pero ello sería muy largo y nos llevaría demasiado lejos; además, muchos de esos conceptos podrán ser trai-

dos a discusión sea en las reuniones de la Sección de Psiquiatría o en las sesiones científicas de la Academia, ocasiones más propicias que la presente para este género de trabajos de exégesis y polémica. Con lo que quiero decir, que con lo expuesto ahora, no queda, por mi parte al menos, cancelado el examen del admirable discurso que el señor Laín nos ha leído hoy, sino sencillamente aplazado para ulteriores incidencias.

Y aquí hago punto final, con una orientación optimista, al expresar mi fundada esperanza de que la íntima colaboración que años atrás mantuvimos Laín y yo en la Cátedra de Historia de la Medicina renazca ahora y de hoy en adelante se continúe en el seno de esta Real Academia y muy especialmente en las tareas de la Sección de Psiquiatría e Historia de la Medicina.

He dicho.

